

Argumento y
Diálogos de
Alejandro Ulloa
José Gaslin

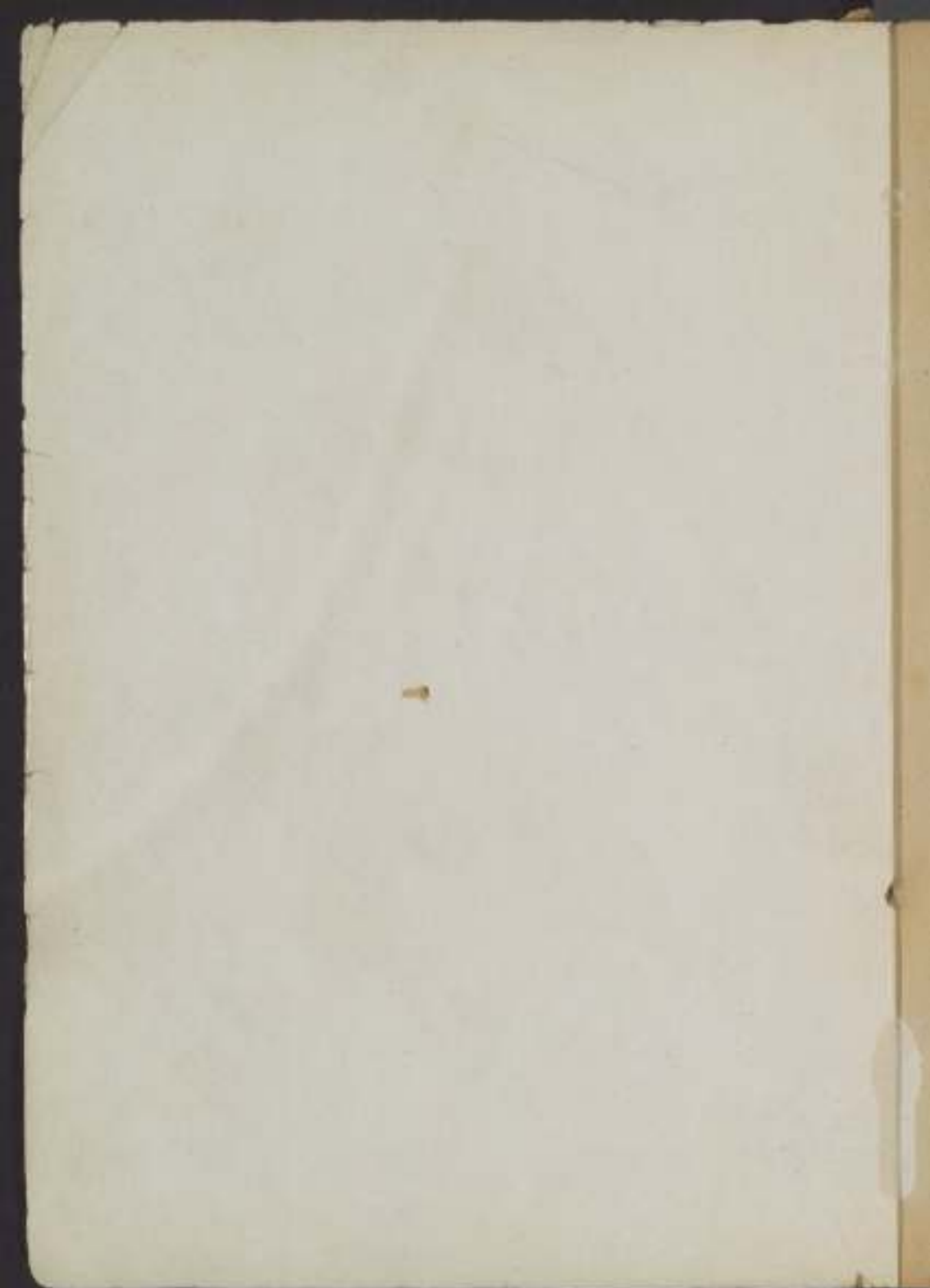
La Niña está

Loca



Josita Hernán
Ismael Merlo
Rosita
Montaña





LA NIÑA ESTÁ LOCA

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

La niña está loca

Deliciosa comedia cinematográfica

Dirección:

ALEJANDRO ULLOA

Argumento y diálogos:

ALEJANDRO ULLOA

y

JOSÉ CASÍN

Producción:

FALCÓ FILMS

Operador: José Gaspar
Música: Maestro Azagra
Coreografía: J. Magriña

PRINCIPALES INTERPRETES:

Josita Hernán

Ismael Merlo

con

Rosita Montaña

Francisco Villagómez

Angelita Tomás

Carmen Arroyo

Antoñita Mas

José María Lado

Modesto Cid

Gerardo Esteban

Alberto López

Julio Gallego

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

La niña está loca

Argumento de la película

—A ver... Nombre masculino de siete letras, que empiece con eme...

La voz del mayordomo se dejó oír en todos los ámbitos de la amplia cocina en la que los criados estaban ocupados cada uno en su tarea, mientras él, capataz de toda aquella cuadrilla, se entretenía en hacer crucigramas, por los que sentía una verdadera pasión.

—¿Nombre masculino que empiece con eme?—preguntó Trini, una doncellita píspireta y coquetuela, quedándose muy pensativa en busca de aquel nombre que tenía que ir a llenar los cuadros del crucigrama.

—Sí, con eme... A ver, ese ingenio...

—Con eme... Con eme...—murmuró Ramiro, el pinche, poniendo los brazos en jarras y mirando al techo

como si allí tuviera que encontrar la inspiración.

—Con eme—asintió el mayordomo, que no estaba demasiado inspirado.

—Con eme... ¡Ya está!... "Meterio"—dijo Ramiro, dándose una palmada en la frente como si acabara de descubrir la pólvora.

—No seas ignorante... ¡Meterio!... ¿Qué nombre es ése?... ¡Meterio!... Ya lo he encontrado yo... como siempre... Ninguno de vosotros des-puntáis para las palabras cruzadas.

—¿Pues qué nombre es?

—Marcial... Eso es, Marcial...—el mayordomo escribió las seis letras encasilladas en sus cuadros y prosiguió:

—Vamos a ver... El cinco horizontal... Cinco...: animal doméstico de seis letras.

—Animal doméstico de... ¡Esto sí que es fácil... "Suegra"—dijo Ramiro con una gran alegría por haber acertado tan pronto.

—¡Qué bruto eres!—comentó el mayordomo—. ¿Y tú eres el que quieres escribir dramas?

—Naturalmente... Y los escribo... Ahora estoy escribiendo uno que, como me salga como yo quiero...

—¿Lo llevas muy adelantado?

—Me he atascado en el momento culminante.

—Vaya, por Dios... ¿Dónde andabas?

—En el momento en que la marquesa se escapa con el ayuda de cámara y el marqués los ve marchar desde el balcón, sentado en su cochecillo de paralítico... y sin poder seguirles...

—¡Es emocionante! — exclamó Fermina, dando un suspiro romántico ante aquella escena tan emotiva que Ramiro explicaba.

—Sí, pero es que no sé qué poner más... ¿Qué le pongo yo al marqués, sentado en su cochecillo?...

—Ponle un gasógeno—sugirió el ayuda de cámara que estaba limpiando una bandeja de plata.

—¡Eh... ¡gracioso! — replicó Ramiro con una risita nerviosa y malhumorada por el chistecito que acababan de hacer a sus expensas.

Trini se dirigió a Fermina, que planchaba, y le dijo, sin hacer ya más caso de las dichosas palabras cruzadas con que el mayordomo les asediaba constantemente, ni de los dramones con que Ramiro pretendía ponerles los cabellos de punta:

—Pero mujer, ¿no has acabado con esa ropa todavía? ¿Es que no sabes la prisa que corre?

—Correrá toda la prisa que quieras, pero yo no puedo correr más—contestó Fermina, continuando su labor después de haber estado embobada oyendo la terrible tragedia del marqués que ve escapar a su esposa desde su coche de paralítico.

—Oye, Trini — interrumpió el mayordomo que no dejaba su juego ni con la amenaza de una pistola—. Tú que sabes más que el Espasa... dime una planta umbelífera de cuatro letras, que empiece con A.

—¿De cuatro letras?... — preguntó Trini, que se las daba de inteligente y de saber hablar mejor que el Diccionario de la Academia—. Ya está...: "apio".

—¡Claro!... ¿Cómo no se me había ocurrido a mí,

—Eso digo yo — replicó Trini con cierta ironía, burlándose un poco del mayordomo.

—¡Mi madre!—exclamó Ramiro dándose un tremendo golpe en el cogote—. El día que me llares a

mí "planta umbellifera"... te doy con un perol...

—No seas bruto, Ramiro, y no excites mis nervios, que están hoy de una irascibilidad...

—Contagio, hijita... Como te pasas el día al lado de la señorita...

—¡Ay, Dios mío! ¡Valiente día tiene hoy la señorita!—suspiró Trini, poniendo los ojos en blanco con expresión de desconsuelo.

—Dímelo a mí, que me ha tirado la tetera a la cabeza cuando fui a servirle el té.

—Y a mí... Y a todas... ¡Como que no la conocemos, a la niña! ¿Cuándo tiene un día bueno?

—A mí me ha dicho que como no le tenga las cosas a su gusto, me va a poner de patitas en la calzada... ¡Se ha despertado hoy de lo más intemperante! —exclamó Trini con sus frases redichas de marisabidilla.

—Y tú de lo más cursi... ¡Je, je, je!—rió Ramiro.

—¡Ramiro!

—¡Trini!

Se miraron el pinche y la doncellita con aire de desafío y Felipe, el ayuda de cámara, para desviar la conversación, dijo, desde su puesto:

—Yo estoy asombrado... Hace media hora que no me llama...

—A ti, quien te va a llamar algo

voy a ser yo—dijo Petra, la cocinera.

—¿A mí?... ¿Por qué?

—Porque estás flirteando demasiado con ese diccionario con cofia—replicó Petra, aludiendo a la Trini que coqueteaba con todo el mundo y no dejaba en paz a nadie.

—Oye, tú... que esto no es cierto... que estás completamente errada—dijo Trini, sonriendo a Felipe con la comisura de los labios.

—La herrada lo serás tú—contestó rápida Petra, que no conocía tan bien el idioma de Cervantes y que confundió los términos, creyendo que Trini la insultaba.

—Tú no te exacerbes, que a mí, aquí Nuvelario, me tiene completamente sin cuidado. Te lo regalo—dijo Trini, como si despreciara a Felipe, pero sin dejarle de mirar con ojos picaruelos.

—Qué generosa...—murmuró Ramiro, incrédulo, porque también él conocía las coqueterías de Trini.

—Oye, tú, académica...—murmuró Felipe, amoscado—un poco más de respeto... ¿eh?

—¡Valiente pretenciosa está hecha esa Trini!—susurró Petra.

—Se dice pretenciosa—corrigió Trini.

—Yo lo digo como me da la gana.

—¡Descarada!

—¡Coqueta!

—¡Ordinaria!

—¡Cursi!

—¡Tinaja!

—...palabras cruzadas... — murmuró el mayordomo, interponiéndose entre las dos criadas que iban a llegar pronto a las manos.

—Si no fuera por... — amenazó Petra.

—¿Qué?—desafió Trini.

—Bueno... Se ha acabado...—ordenó el mayordomo, que no gustaba de las riñas en la cocina.

—¡Clanggggg! — dijo Ramiro, imitando el gong—. Fin del primer round.

—¡A callar todo el mundo!—gritó el mayordomo, imponiéndose sobre sus subordinados.

—Cuando la gente se lleva bien... ¡da gusto! — exclamó Ramiro, que no podía callarse.

—¡He dicho que a callar!—repitió el mayordomo.

—Sí, sí, sí...

Pero Ramiro había dicho la última palabra con aquellos tres síes, que era lo que se trataba de demostrar, porque él tenía que ser siempre el último, fuera como fuese.

Entre tanto, en las habitaciones particulares de la niña, ésta desahogaba su geniecillo de fiera con

tra Juana, su doncella particular, y la aprendiz de la casa de sombreros que le había traído una serie de modelitos para que la señorita eligiera entre ellos.

—¡Silencio!—gritaba Alicia, paseándose de un lado a otro con un creciente nerviosidad.

—Pero, señorita...

—¡Que te calles!... No consiento que nadie me contradiga... ¡Todos, todos lo mismo! ¡Todos de un gusto deplorable! ¿Creen ustedes en serio que se puede presentar este adefesio, diciendo que es un sombrero?—gritó, probándose un nuevo modelo—. ¡Uy!... Pues... ¿y éste?...

Juana y la dependienta cambiaron una mirada de resignada paciencia, y esta última murmuró humildemente, para no desencadenar más las furias de aquella clienta tan difícil y a la que había que tener contenta, porque era una de las mejores de la casa:

—Si la señorita quiere probar este modelo que aun no ha sido lanzado...

—No se preocupe usted, que en seguida lo lanzará—murmuró Juana en voz baja.

Alicia se probó el sombrero y gritó, arrojándolo lejos de sí:

—¡Qué horror!... ¡No quiero probarme ninguno más...

—¿Ve usted?—murmuró Juana a la dependienta mientras recogía el sombrero—. Ya lo ha lanzado... ¿No le decía yo...?

—¿Quiere usted hablar por teléfono con la señorita encargada?—sugirió la dependienta—. En la casa quizá quede algún otro modelo... y si no, se lo pueden crear para usted exclusivamente...

—No, por Dios... de ningún modo... No quiero hablar con esa señorita que es tan cursi y tan antipática como sus sombreros...

Alicia fué al conmutador y apretó en él el dedo, dando insistentes llamadas en el timbre eléctrico que transmitía a la cocina sus órdenes apremiantes.

—¡Ahí va... la señorita!—exclamó el mayordomo, levantándose rápido.

—La señorita... —dijo Permina, dejando la plancha y arreglándose la cofia.

—¡Ya le dió el ataque!—murmuró Felipe, con resignado gesto.

—¡Ay!... ¡Empieza el calvario!—suspiró Trini, mientras se estiraba el delantalito coquetón.

—Y que se le ha dormido el dedo...—comentó Ramiro al escuchar la insistencia de los timbrazos, que no cesaban.

Todos en fila se encaminaron al

cuarto de la señorita, con el terror reflejado en sus rostros, porque aquellos timbrazos les decían bien a las claras que el temple de la señorita estaba aquel día un poco más alterado que de costumbre.

—Pero... ¿qué hacen que no vienen?... ¿Es que se han dormido todos en esta casa?... ¿Dónde estaban ustedes metidos?... ¡Hace media hora que les estoy llamando!—gritó, cuando les vió aparecer.

Los criados, rígidos y en silencio, esperaron órdenes que comenzaron a caer sobre ellos como cañonazos lanzados por una ametralladora colosal:

—Tú, Felipe, saca el coche, que voy a salir dentro de cinco minutos... Vosotras dos preparadme el conjunto de tennis... Rápido... Ramiro, prepárame una limonada... corriendo... Vamos, de prisa todos...

—¿Y yo qué hago, señorita?—preguntó el mayordomo, que era el único que había quedado plantado rígidamente ante ella en espera de órdenes que cumplir.

—¿Tú?... Cualquiera cosa... lo que te dé la gana... lo que sea... ¡pero deprisa! ¡Deprisa!...

—Voy corriendo... —replicó el mayordomo dando media vuelta y saliendo disparado de la habitación, contento de poder alejarse de ella con cualquier motivo, aunque fuera

aquel tan baladí de ir a no hacer nada.

—Tú, Juana, dile al señorito Enrique que venga inmediatamente—siguió ordenando Alicia con aquellos nervios que llegaban a contagiarse a cuantos la rodeaban.

Y como Juana no saliera de la habitación tan rápidamente como Alicia hubiera deseado, añadió, impacientándose todavía más:

—¡Vamos... vamos...! ¡Pronto!... ¡Me consumes con tu calma!...

Al ir a abrir la puerta para salir, apareció en ella Susana que saludó muy cariñosa:

—Buenos días.

—Buenos días, señorita Susana.

—Hola, Alicia.

—Hola—replicó ésta secamente, paseándose por la habitación a grandes zancadas, como si quisiera tragarse la tierra.

—¿Te han gustado los sombreros?

—¡Son horribles!... ¡Todos, todos horribles!

—¡Pero no son los que tú eligiste el día que visitamos la exposición?

—Sí, señorita, son los mismos—dijo la dependienta que iba guardando los modelos en las respectivas cajas.

—No puede ser. Son antiestéti-

cos, espantosos, horribles... Un puro mamarracho...

—Pues éste es muy gracioso—dijo Susana, tomando uno en la mano.

—Sí, señorita, es el último grito—dijo la dependienta sonriendo al encontrar a una clienta comprensiva.

—El último grito se lo voy a dar yo a Molinero en cuanto le vea—dijo Alicia, refiriéndose a la modista de sombreros.

—¿Dónde está Enrique? — preguntó Susana, que creía encontrar allí a su hermano.

—Eso mismo me estoy preguntando yo. ¡Tienes un hermanito de lo más tranquilo!... ¡Qué frescura! ¡Todos son a desquiciarme los nervios!

Susana se encogió de hombros con indiferencia. Estaba acostumbrada al mal humor y a las genialidades de Alicia y no le hacían mella sus palabras, sus insultos ni sus rabietas de niña maleducada. La tomaba tal como era y se burlaba de ella en su fuero interno de mujercita equilibrada.

Enrique estaba en el salón de música abstraído en la composición de una canción. Le gustaba la música y le apasionaba componer. Y no tenía mejor distracción que pasarse horas y horas ante el piano

escribiendo aquellos monigotitos negros que luego, leídos en las telas, producían deliciosas armonías.

Cuando Juana entró a traerle el recado de la señorita Alicia, Enrique batallaba con un compás que se lo resistía:

—Re-si-do-re... — tarareaba, te-
cleando al mismo tiempo.

—Señorito Enrique... — murmuró Juana.

—Re... si... do... re... — tarareó más lentamente Enrique, sin hacer caso a la doncella.

—Señorito Enrique—volvió a decir ésta.

—No me interrumpas... Re-do-si-la-la-sol-si...

—¿Puedo hablar? — preguntó Juana.

—Sí, sí, sí, sí, sí... — tarareó Enrique.

Y Juana, creyendo que aquellos síes eran una afirmación, se acercó a él y le dijo:

—¡Gracias a Dios que puedo hablar!... De parte de la señorita...

—¿No te he dicho que no me interrumpas?—inquirió Enrique volviéndose sobre su eje y encarándose con Juana.

—Pero si le he preguntado si podía hablar y me ha dicho usted que sí tres o cuatro veces...

—No hablaba contigo, sino con

el pentagrama... Si-sí-sí... una nota musical repetida... ¿comprendes?

—Sí, sí, pero lo que le vengo a decir es que... vaya usted con su música a otra parte...

—¿Adónde? — preguntó Enrique.

—Al saloncito de la señorita, que quiere hablar con usted.

—Vaya por Dios... Vamos allá... ¿Qué es lo que le pasa ahora?—murmuró Enrique con resignación, porque sabía que era inútil querer contradecir a Alicia, porque entonces era peor.

—¿Qué quiere usted que le pase?... ¡Si ni ella misma sabe lo que quiere!—comentó Juana, que era criada antigua y tenía confianza con sus amos.

—¡Esoa dichosos nervios!... Creo que con alguna paliza dada a tiempo, se hubieran podido evitar muchas cosas... Pero ya es tarde para ello—dijo Enrique, encaminándose al saloncito de Alicia.

Cuando abrió la puerta oyó cómo la dependienta decía a Alicia:

—Si no le gustan a la señorita estos sombreros, no se los quede.

—Precisamente me los quedo por esto, porque no me gustan... Pero me los quedo con la exclusiva de los modelos... ¡Así no podrá ponerlos nadie y eso irá ganando el buen gusto!

—¿Me llamabas, Alicia? — pre-

guntó Enrique, interrumpiéndola.

—Sí. Haz el favor de abonar estos seis modelos. Y tú, Juana, llévatelos y encárgate de que los quemen en seguida.

—¿Cómo?...

—Sin explicaciones, Enrique... Estoy muy nerviosa y tú tienes la obligación de conocerme...

—Pues sin explicaciones... —replicó Enrique, echando mano a su cartera, dispuesto a pagar el capricho de la niña, pero como se dió cuenta de que no llevaba los suficientes billetes, se volvió a la dependienta y le dijo:

—Haga el favor de decir que envíen la factura y se les abonará en el acto.

—Bien, señor... ¿Desea algo más la señorita?

—Sí. Dígale a Molinero que él también tiene la obligación de conocer mis gustos. Me parece que no soy tan difícil... ¿eh?

—Acabarás volviendo loco al pobre Molinero—rió Susana echando a broma las genialidades de la niña—. ¡Tan simpático como es!

—Sí... mucho... Anda, Susana, arréglate, que nos iremos al tennis.

—Imposible. Tengo que ir a mi lección de baile.

—No. Tú te vienes conmigo. Déjate de bailes. La verdad es que sois

dos hermanos de lo más filarmónico... ¡Sois insoportables!

—Está bien. Hoy iré contigo. Pero mañana vendrás tú a la academia a bailar conmigo—dijo Susana, a la que no costaba gran trabajo doblegarse a los caprichos de aquella despota, porque sabía que era más fácil asentir que oponerse.

Susana se alejó hacia su cuarto para cambiarse de vestido y Alicia se quedó con Enrique, muy preocupada por la cuestión del sombrero, para ella la primordial y más importante de todas las cuestiones que pesaban en aquellos tiempos sobre la humanidad.

—¡Ay, qué desesperación!... ¿Y qué sombrero me pongo yo para ir al concierto del sábado? Esto no le pasa a nadie más que a mí. ¡No tengo sombreros!...

—¿Que no tienes sombreros y en este mes he pagado ya catorce facturas de sombreros?

—Bueno, ¿y qué? ¿Qué te importa a ti? Para eso estás, y si no te gusta pagarlas, que las pague tu padre, que es mi verdadero administrador. Tú puedes seguir haciendo esos ruidos ensordecedores en el piano.

—No sabes lo que dices... Cuando te pones así estás intratable... Llamar ruidos a los "lieder" de Schuman, a la fuga de Bach, a los

valsea de Chopin... ¡Qué falta de sensibilidad... y qué cantidad de sombreros!

—No empieces, Enrique... Me críspa los nervios que te hables de mí. No admito discusiones. Tenía razón Luis XV al afirmar que la música no era más que un ruido muy molesto.

—Perdona. Quien dijo un disparate parecido diciendo que la música era el menos molesto de los ruidos, no fué Luis XV, sino Napoleón.

—Da lo mismo. Los dos eran franceses—dijo Alicia con aplomo.

—Bueno, como quieras—asintió Enrique, que no tenía ganas de discutir con aquella tonta.

—Ahora lo interesante es que yo tenga un sombrero para el concierto del sábado.

—¿Y para qué vas a los conciertos, si no te gusta la música?

—¡Ay, hijo, eres tonto de remate! Voy al concierto como sitio de reunión para charlar con mis amigas.

—¡Ah, vamos, eso ya es otra cosa!... Todo tiene su explicación.

—Además, como tengo dinero de sobra, y hago con mi dinero lo que quiero, ahora mismo voy a pedir una conferencia con París para decir que me manden por avión la co-

lección de los últimos modelos que vayan a salir...

Corrió al teléfono, cogió el auricular, marcó un número y se quedó hablando:

—¿Conferencias?... Oiga, señorita... señorita... ¿conferencias?...

Desde el teléfono Marta hablaba con la voz fatigada y el gesto triste:

—Oiga... ¿La agencia de espectáculos?... Aquí Marta Mendoza... Sí... ¿Cómo dice?... ¿Imposible?... ¿Ni en esa nueva formación lírica? Tengo un amplio repertorio, y me contentaría con un papel insignificante... Bien... ¡Qué hemos de hacerle! ¡Muchas gracias!

Salió de la cabina del teléfono calzándose los guantes. Iba de luto. Tenía la tristeza reflejada en los ojos y la fatiga abrumada todo su cuerpecillo gentil y armonioso. Desde que se había quedado huérfana buscaba trabajo en el teatro. Conocía bien sus aptitudes y se sabía capaz de triunfar. Pero los tiempos eran difíciles, todos los

papeles estaban ya comprometidos de antemano y ella, una muchachita honrada, que quería ganarse la vida con su arte, pero que no quería ceder a las exigencias de empresarios desaprensivos, veía que las semanas iban transcurriendo, y con ellas los meses, sin que la ayuda de una remuneración, por ínfima que fuese, como artista de conjunto, viniera a fortalecer sus exiguas economías que iban dando fin enfrentándola con una situación penosa y difícil de resolver.

Marta Mendoza siguió por la calle en dirección a otra oficina teatral. Su rostro tenía una semejanza muy notable con el de Alicia, la multimillonaria que, en Madrid, desesperadamente, llamaba por teléfono a París pidiendo el envío de los últimos modelos de sombreros. La naturaleza había tenido el capricho de construir aquellas dos muchachas de un parecido asombroso, colocándolas en los polos más distantes de la vida: mimada una por la fortuna, roída otra por la miseria.

Caminó toda la mañana infructuosamente, con la fatiga que le mordía los pies y el desaliento que le sumía el alma en negruras de muerte.

En todas partes se encontraba con una negativa: no hay trabajo;

los tiempos son difíciles; si no fuera tan seriecita y se aviniera a...; no, no había puesto para ella en el coro; la temporada teatral estaba demasiado adelantada...

Y mientras Alicia, en Madrid, chillaba y hacía sufrir a todos su despótico temperamento, desesperándose porque entre los veinticinco o treinta sombreros que tenía, no había ninguno adecuado para el concierto del sábado, Marta, en Barcelona, humildemente, resignadamente, esperando en el Dios en quien creía y que era su único amparo, una ayuda a su dolor, se encaminaba lentamente hacia la misera casa de huéspedes en la que se había albergado, huyendo un poco de la soledad en que la dejara la muerte prematura de su padre, que hasta entonces la había sostenido con su trabajo, librándola de la lucha por la vida, con la que ahora batallaba, ahincada y valientemente.

En el comedor de la pensión, los huéspedes se habían sentado en torno a la mesa y comían en silencio el yantar paupérrimo que se les servía.

—Oye, Pancracia — dijo uno de ellos, el más decidido, a la criada zafia que les servía los platos—. No seas rencorosa y mira a ver si flota

en la sopera algún garbanzo, que aquí ya no hay nada sólido...

—No puede ser, señorito... a quien le toca, le toca... Otro día le tocará a usted.

—Pero es que siempre soy yo el condenado a caldo... Siempre me haces lo mismo...

—Y usted a mí—replicó la criada, de mal talante.

—¿Y qué te hago yo, Greta Garbo, para que me tengas ese rencor?

—Nada... Pero la próxima vez que le den a usted mareos en los pasillos... se agarra usted a las paredes... Voy por el segundo—añadió, marchando a la cocina en busca del segundo plato.

Comieron en silencio la sopa, y otro huésped, fijándose en el lugar vacío de Marta, preguntó:

—¿No ha venido hoy Martita?

—No sé... Hace días que no la veo. ¡Pobre muchacha! Tan bonita y pasando tanta necesidad—comentó Rafael.

—Porque además de bonita, es tonta—dijo Pepito, sorbiendo con mucho ruido una cucharada de caldo—. Se empeña en vivir del teatro,

—Y podría vivir de él magníficamente si en el teatro se apreciara sólo el arte—afirmó Guzmán, un caballero de pelo canoso y porte

fino—. Marta es una chica que promete mucho, pero por desgracia, influyen otros muchos factores contra los que una muchacha decente no puede luchar.

—Nadie mejor que usted lo sabe, don Guzmán, que fué actor durante tantos años.

—Por eso hablo... porque tengo sobrada experiencia de lo que es la vida entre bastidores... sobre todo cuando se es joven, bonita y sin dinero...

—Aquí viene otra vez Pancracia, con los pimientos cotidianos, rellenos de viento.

—A uno y medio tocan cada uno—replicó la moza dejando la fuente en el centro de la mesa—. Vienen separados ya.

—Yo creo que nos deberíamos turnar, y comer un individuo cada día... Nos traería más cuenta.

—¿Y el plato de carne, cuando llega?

—Me parece a mí que como no nos sirvan el gato...—murmuró Pepito, devorando el pimiento que se había servido.

—Eso ya no puede ser—contestó Pancracia muy seria.

—¿Por qué?

—Porque el gato ya hace días que se lo comieron ustedes...

—¿Qué?

—¿Cómo?

—¡Es inaudito!

—¡Fuera! ¡Fuera!

—¡Qué osadía!

—¡Algún día nos van a dar patata... de silla!

—¡Y pretenden decir que nos dan de comer!

Se había armado tal algarabía entre los huéspedes, que Pancracia corrió a la cocina y no tuvo tiempo de llegar a ella cuando sonó el timbre de la puerta y salió a abrir.

Era Marta, que llegaba derrengada de su larga correría en busca de trabajo.

—Buenos días, Pancracia—dijo la muchacha, esbozando una débil sonrisa.

—Buenos días, señorita... Me ha dicho doña Rita que...—comenzó a decir Pancracia.

—Sí, ya lo sé — replicó Marta, adivinando, porque hacía ya mucho tiempo que venía pensando en aquel momento—. Dígame a doña Rita que tiene razón... Esta misma noche le dejaré libre el cuarto.

Entró en el comedor y se sentó en su puesto, más que con la pretensión de comer, con el ansia de estar en compañía, aunque fuera de aquellas personas que le eran indiferentes, pero que siempre le habían demostrado particular inclinación.

—¡Hola, Martita!

—Pase, Martita, pase y siéntese. Cuántos días sin verla.

—¿Cómo está usted?

—¿Qué es de su vida?

—Como siempre—contestó Marta mirán道les a todos con simpatía. —No encuentro trabajo en ninguna parte.

—¿No va usted a comer, Marta? —preguntó don Guzmán, que sentía hacia la chiquilla una ternura paternal.

—No, gracias; he comido ya con una amiga.

—No importa—replicó el inclito Rafael, que estaba siempre dispuesto a gastar bromas—. A ver, Pancracia, traiga un buen solomillo con patatas para Martita.

—¡Ja, ja, ja!—rió la criada con una carcajada insolente.

—Sin reírse. Yo respondo del importe. Que lo pongan en mi factura.

—¡Qué buen humor tienen ustedes!—exclamó Marta, esforzándose en ponerse a tono con los demás huéspedes—. Como se ve que acaban de dar un banquete.

—Sí, sí... ¡el de costumbre!... — replicaron todos.

—Siento mucho tener que dejarles... Me encontraba bien entre ustedes. Pero doña Rita me ha dicho que si no le pago tendré que dejar la habitación... y por eso he venido a despedirme de ustedes...

—¡A eso no hay derecho!—protestó Rafael—. Yo respondo de usted.

—¿Y de usted, quién me responde a mí?—preguntó doña Rita apareciendo en el comedor—. Yo no puedo tener en casa gente que no me pague.

—A mí también me deben, doña Rita—murmuró Guzmán, conciliador—. Todos debemos algo en este mundo.

—Todos debemos... pagar—afirmó la patrona con energía—. Me cuesta mucho dinero darles de comer.

—¡Embustera! —gritó, con voz de falsete y sin mover los labios, Rafael.

—¿Quién ha dicho "embustera"? El que no esté conforme con el régimen de la casa... ya lo sabe... por la puerta se va a la calle...—rugió doña Rita, mirando a todos con aire de desafío.

—Tiene usted razón —replicó Marta levantándose—. Hoy mismo resolveré mi caso. No sé cómo, pero lo resolveré.

—Está bien... Tú, Pancracia, tráele el postre—ordenó la patrona a la sirvienta.

Marta había ya salido, y don Guzmán se levantó y salió también del comedor, mientras Rafael le gritaba, guasón:

—¡Eh, don Guzmán, no se vaya, que ahora vienen las natillas!...

* * *

Marta se había encerrado en su cuarto y, dejándose caer en la cama, abandonóse, dióse a la pena, rompiendo a llorar en amargos sollozos.

Unos golpes discretos dados en la puerta le hicieron enjugar rápidamente sus lágrimas y preguntar con voz que quiso hacer natural:

—¿Quién es?

—Soy yo, Marta... Haga el favor de abrir—replicó Guzmán, desde el pasillo.

Marta se compuso un poco el rostro y abrió la puerta.

—¿Qué desea?—preguntó, esforzándose por sonreír, pues no le gustaba que nadie la viera llorar.

—Perdone que venga a molestarla... Quería hablar con usted un momentito.

—Pase, pase, don Guzmán, y siéntese.

Guzmán se sentó en la única silla que había en el cuarto y Marta se sentó a los pies de la cama, esperando a que Guzmán hablara.

—Dígame, Martita... ¿Cuánto le debe usted a esa fiera?—preguntó el bueno de don Guzmán, mirando con verdadera piedad a aquella pobre criatura desvalila ante la que todas las puertas se cerraban.

—Mucho...—replicó Marta, evasiva.

—¿Cuánto?—insistió él.

—Todo este mes y parte del anterior... No sé cómo pagarle... Lo he vendido todo; ya no me queda nada de mi equipaje, más que lo que llevo puesto... Hoy me han prometido unas funciones por aquí cerca, pero... ¡qué sé yo!... no confío en que se arregle... ¡Ay, estoy desesperada, don Guzmán!—exclamó, rompiendo a llorar nuevamente, impotente para contener aquel río de amargura que se desbordaba de su alma.

—Vamos, Martita, hay que ser valiente... no se ponga usted así... ¿Por qué no se marcha usted a Madrid? Allí está el centro artístico y es más fácil encontrar trabajo.

—¿Madrid!—exclamó Marta descubriendo su rostro lleno de lágrimas—. Allí tampoco me conocen... Además, no tengo equipaje... lo he vendido todo... Y los viajes no se pueden hacer sin dinero...—murmuró con desaliento, hundiéndose en su negra amargura.

—Por eso he venido a hablar con

usted, Marta. Tiene usted facultades para triunfar. Debe intentarlo todo. Dispongo de poco dinero... El teatro es muy ingrato para los que llegamos a viejos sin haber triunfado... pero, en fin, puedo ofrecerle lo suficiente para el viaje y para que llegue a Madrid con algún dinero...

En la voz de Guzmán había tanta bondad, que Marta se sintió hondamente conmovida.

—Muchas gracias, don Guzmán... es usted muy bueno... Pero yo no puedo aceptar—murmuró, vacilando.

—¿Por qué?

—Porque no sé cuándo podré devolvérselo a usted... Ni si se lo podré devolver alguna vez.

—Estoy seguro de ello... Cuando triunfes, que será muy pronto—replicó don Guzmán, que tenía fe en la muchacha, porque la había oído cantar y sabía que tenía arte, alma de artista y una exquisita sensibilidad femenina.

—¿Cree usted que en Madrid me contratarán?—preguntó Marta, dejando que en sus pupilas brillara una chispa de esperanza.

—Estoy seguro. Y cuando seas una artista famosa, quizá recuerdes algún día a este pobre viejo que te dió alientos para luchar y creyó en

ti cuando todos cerraban sus puertas...

—Gracias, don Guzmán, gracias... —murmuró Marta, llorando ahora de agradecimiento mientras estrechaba la mano del buen viejo que le prestaba su amparo—. ¡El teatro! ¡La música! ¡El baile!... ¡Ah, cuánta belleza hay en todo ello!...

—¡La música!... ¡Oh, qué horrible, qué horrible! ¡Es insostenible! —afirmaba Alicia en aquellos mismos instantes, sentada en la barra del Club de Tennis, disponiéndose a tomar un refresco, mientras se tapaba los oídos para no escuchar el piano que, como de costumbre, sonaba bajo el influjo inspirado de las manos de Enrique que se divertía entrelazando notas, dejándose llevar de su propia inspiración.

—Pero mujer, es Enrique que está tocando una de sus composiciones—arguyó Susana, que había venido acompañando a Alicia, conforme a sus deseos.

—Por lo visto a tu hermanito no le gusta con las murgas que me da en casa.

—¿Te da conciertos a domicilio? —preguntó Roberto, que era un acaudado pretendiente de Alicia... o de sus millones, que para el caso no importaba mucho la diferencia.

—¡Es insostenible! —exclamó Alicia con un gesto de mal humor.

—¡Mujer! —murmuró Susana, queriendo dulcificar el tono.

—Se sienta al piano y no hay quien le despegue...

—Será porque es un piano de cola—replicó Roberto, haciéndose el chistoso.

Y Alicia, con desprecio, comentó:

—¿Por qué no dices algo gracioso?

El piano seguía haciendo vibrar sus cuerdas con toda la fuerza de las manos de Enrique, que se divertía así crispando los nervios de la niña a la que no tenía más remedio que soportar, porque su padre era el tutor de aquel prodigio y él y Susana tenían que estar sometidos a todos sus caprichos.

—Deme un "deportivo" con agua de Selts muy fría—ordenó Alicia al hombre del bar.

—No debes beber. Acabas de jugar y estás muy sofocada—dijo Roberto, que quería convertirse en el protector de Alicia.

—¿Ah, sí? Pues póngamelo doble... y con hielo—ordenó Alicia,

sólo por el gusto de llevar la contraria.

Enrique, que había terminado de tocar una de sus composiciones, se volvió a las dos muchachas que le estaban escuchando y les dijo, satisfecho de sí mismo:

- ¿Qué os ha parecido,
- Precioso.
- ¡Un sueño!
- ¿Os ha gustado de veras?
- ¡Has estado inspiradísimo!

—Gracias—dijo Enrique, riendo, y acordándose de la fábula: “Si el sabio no aprueba, malo... Si el necio aplaude, peor”—. ¡Todo el público debía ser tan inteligente como vosotras: tenéis cultura, tenéis talento, tenéis... ¡bueno!... ¿Tenéis ganas de tomar algo? Os invito para festejar el éxito. ¡Pedro, tres combinados, rápido!—ordenó al camarero.

- ¿Y cómo se titula esa canción?
- preguntó Julita a Enrique,
- “Revivir”.

—¿Y a quién quieres resucitar?...
—preguntó, con marcada intención, Totó.

—A cualquiera... menos a quien tú te figuras. Ya os he dicho muchas veces que Alicia y yo somos incompatibles.

- La gente no dice eso.
- Pues se equivoca la gente. Ali-

cia y yo nos hemos criado casi juntos.

—Razón de más para que juntos sigáis viviendo.

—Nada de eso. Nos conocemos demasiado bien. Mi padre es su administrador, su tutor. Naturalmente, nos tratamos con intimidad y con confianza de hermanos, pero mi misión cerca de ella es puramente administrativa. Aparte de que Alicia tiene novio: Roberto.

—Como tiene un galgo ruso: para lucirlo.

—Yo juraría que está por ti—afirmó Totó.

—Pues te condenarías—replicó Enrique—. Alicia no está por nadie.

Alicia seguía bebiendo y charlando con Susana que no sabía más que hablarle del baile por el que era apasionada.

—Pues mira, con lo bien que tú bailas y esos numeritos tan monos que hace Enrique, podrías organizar un espectáculo “formidable”—decía Alicia a Susana.

—No está mal pensado. Y te contrataremos a ti como estrella...

—¡Qué horror!... ¡Enrique!... ¿Quieres dejar de aporrear el piano—gritó Alicia desde su sitio, porque Enrique se había sentado de nuevo al piano e interpretaba una

sonata de Beethoven—. ¡Qué música tan detestable!... ¿Qué es?

—No sé—contestó Roberto, que no era precisamente un iniciado—. Debe de ser el baile de moda. El sustituto del "tirolero".

—¡Enrique! ¿Es que no me oyes? ¡Te digo que dejes de tocar! ¡Oh, qué pesado se pone ese chico! ¡Enriqueeeen! — gritó, acercándose al piano y aporreándolo ella con todos sus nervios—. ¿No oyes que te estoy llamando?

—Perdona... A veces estoy un poco sordo. Es en lo único que me parezco a Beethoven.

—¡Pero si era tan bonito lo que estaba tocando!—arguyó Totó, desencantada.

—¡Precioso! No sé cómo lo podéis aguantar. Además, ¿te has creído que éste es un sitio a propósito para dar conciertos?

—Tiene razón Alicia.

—Anda, vamos a jugar.

—Sí, vamos a jugar un partido...

—No; no quiero jugar... Enrique, encárgame un billete con cama para Barcelona. Quiero marcharme mañana mismo.

—¿A Barcelona? Pero, Alicia, por Dios, ¿para qué quieres ir a Barcelona?

—¿A qué viene ese viaje tan repentino?

—¿A qué viene?... Que no tengo

sombrero para el concierto del sábado y me voy allá a comprarlo, porque los de París no llegarán a tiempo.

—¡Qué barbaridad! ¿Y sólo para eso?—preguntó Enrique, al que las excentricidades de Alicia sacaban de quicio.

—Si no tienes sombrero, vete sin él—dijo Roberto—. Sin sombrero se oye mejor.

—¡Y todavía mejor sin cabeza!—exclamó Enrique, exasperado.

—Tú no tienes más que callar y hacer lo que yo te mando, ¿comprendes? Vete a ordenar que me reserven el billete.

—Perdona — replicó Enrique—. Donde voy a ir es a telefonar a mi padre diciéndole que no hay quien te soporte. ¡Ya está bien de excentricidades y de locuras!

—Tú no le dirás nada a tu padre. No olvides que no eres más que mi administrador y que puedo despedirte cuando quiera.

—Me voy yo sin que tú me despidas. Pero no harás ese viaje estúpido, porque le diré a mi padre que no te deje marchar.

—Tú no harás eso.

—¿Que no? ¡Ya puedes estar segura de que lo haré!

—¿Tú?... ¿Tú?... — gritó Alicia, amenazando con un ataque de nervios.

—Yo... yo... yo... yo...—afirmó Enrique, marchándose para no ver las consecuencias de su afirmación.

Alicia, naturalmente, tuvo el ataque de nervios correspondiente que había de lograr hacerla salir adelante con sus caprichos.

* * *

Al día siguiente, en el departamento del vagón-cama, Alicia se despedía de Roberto y de las amiguitas que habían ido a ver el triunfo de la niña sobre Enrique.

—Adiós, Alicia. Ya sabes lo que te he dicho: no dejes de llamar por teléfono en cuanto llegues a Barcelona—recomendaba Roberto, dando la mano a su novia desde el andén.

—Descuida...

—Y regresa mañana mismo, si no llegarás tarde al concierto.

—Lo sentiría por el vestido, porque a mí, la música... ¡pfuuu!

—A ver que nos traes de Barcelona.

—Enrique ha dicho que a ver si le compras un piano...

—¡Una orquesta es lo que le voy a traer!—rió Alicia, cuando ya el

tren comenzaba a moverse como monstruo que se desespera.

—¡Adiós!...

—¡Adiós!...

Quedaron flotando en el aire los pañuelos que se agitaban en señal de despedida desde el andén de la estación; y se fueron haciendo diminutos puntitos parpadeantes los que asomaban por las ventanillas del expreso diciendo adiós a los que en tierra quedaban.

* * *

—Adiós, don Guzmán — decía Marta Mendoza a aquella misma hora, desde su humilde lugar en el departamento de tercera clase del expreso Barcelona-Madrid—. Nunca olvidaré lo bueno que ha sido conmigo.

—Adiós, hijita. Escríbeme en cuanto llegues a Madrid y no dejes de decirme de vez en cuando cómo te van las cosas.

—Sí, descuide, le escribiré... Adiós, don Guzmán.

—Adiós...

Pañuelos que revolotean, ojos que se humedecen de llanto, labios que susurran palabras de adiós que ya

no se pueden oír; y el tren que se pierde a lo lejos haciendo brillar la lucecita roja de su cola que es como el último parpadeo de las despedidas.

Y allá van los dos expresos: el Madrid-Barcelona y el Barcelona-Madrid, a toda la marcha de sus máquinas, rumbo a su destino, a través de las tinieblas que se van haciendo densas y pesadas a medida que avanza la noche, poniendo en los ojos de los viajeros el invencible sopor del sueño.

Marta, con la cabecita llena de ilusiones y de esperanzas, soñaba, semiadormecida, en el momento de su triunfo, viéndose ya convertida en una estrella, aplaudida, agasajada con el fantasma de la miseria desvanecido para siempre.

Alicia, recostada en la soledad de su departamento, fumaba cigarrillo tras cigarrillo para distraer la nerviosidad de su temperamento indomado por la suerte, que se había empeñado en tender rosas a sus plantas, para que ella, de cada pétalo, hiciera brotar una espina, obstinándose en ensombrecer una vida que se le ofrecía risueña y dichosa.

Así, en dirección contraria, movidas por contrarios sentimientos, viajaban aquellas dos criaturas de parecido tan extraordinario física-

mente, como dispares eran sus temperamentos y sus almas.

Avanzaban en marcha desenfrenada los dos expresos cuando de pronto, por un accidente fortuito, por un malhadado cambio de agujas confundido, se encontraron las dos máquinas frente a frente, sin tiempo posible para frenar, encabritándose la una sobre la otra como dos monstruos enfurecidos dispuestos a aniquilarse.

El choque fué espantoso. La catástrofe formidable. En el lugar del siniestro no había más que un montón informe de maderas, de hierros retorcidos y de seres humanos que lanzaban gritos desesperados en la oscuridad de la noche, que hacía todavía más trágicos aquellos momentos.

Se mandaron ambulancias, un tren especial de socorro y el personal sanitario suficiente para atender con urgencia a los heridos; y, como la catástrofe había ocurrido más cerca de Madrid que de Barcelona, fueron conducidas a la capital madrileña las víctimas del suceso.

No siendo suficiente el hospital para albergar a todos los heridos, muchos de ellos fueron llevados a clínicas particulares.

A una de ellas acudieron Enrique y su padre, pues les informaron de que allí se encontraba Alicia Vergara, según se desprendía del bolso que habían encontrado junto a ella con su documentación. Estaba herida en la cabeza y, aunque no presentaba gravedad, podía traerle malas consecuencias a la menor complicación. Era preciso tratarla con cautela y evitarle emociones. Era el parte facultativo.

Cuando llegaron a la clínica no les dejaron entrar inmediatamente en el cuarto donde habían instalado a la enferma, y mientras esperaban don Miguel decía a su hijo:

—Si me lo dices a mí, no hace ese viaje absurdo. No tienes ningún poder sobre ella. ¿Qué hacemos si se muere esa criatura?

—Vamos, papá, tranquilízate... ¿No sabes que no ha sido nada?

—¿Tú crees que yo puedo tranquilizarme, mientras no la vea y me convenza por mí mismo? Su madre la confió a mi tutela...

—Ya pueden ustedes pasar—indicó la enfermera, saliendo de la habitación y conduciéndolos junto a la enferma.

—Alicia...—susurró don Miguel acercándose al lecho donde estaba tendida, aún sin sentido, Marta Mendoza, a quien habían confundido con Alicia Vergara a consecuencia del gran parecido que entre las dos había.

La enferma parecía soñar en voz alta y murmuraba con palabras vagas:

—Ese número es muy bonito, maestro... se parece al "Sueño de amor", de Listz...

—Su eterna obsesión: ¡la música!—comentó don Miguel.

—¿Qué pálida está!—exclamó Enrique, mirando aquel rostro que asomaba bajo las gasas que cubrían la frente.

—¿Es grave?

—Si no se presenta alguna complicación, no—contestó la enfermera—. Sólo tiene una pequeña herida en la frente y la conmoción del choque. Pero está muy débil...

—¡Claro! ¡Esa manía del régimen para adelgazar!—comentó Enrique.

La enferma volvió a hablar como entre sueños:

—Si yo tuviera un sombrero decoroso...

—¡El dichoso sombrerito!... ¡La causa de que esté así!—comentó Enrique, impaciente.

Marta abrió los ojos en aquel mo-

mento, miró en torno suyo y preguntó, no reconociendo nada ni a nadie:

—¿Dónde estoy?... ¿He bailado, verdad?—dijo, con las imágenes de su sueño grabadas todavía en su cerebro.

—Sí, señorita, ha bailado usted muy bien—le dijo la enfermera, inclinándose sobre la enferma y haciendo un gesto a los demás para que no la contradijeran.

—¿Eh?... ¿Dónde estoy?—repitió Marta, viendo las tocas de la enfermera.

—Está usted en la clínica del doctor Valdés.

—¿Qué ha pasado?... ¿No estoy contratada?... Yo estaba trabajando... debutaba... si aún me parece escuchar...

De pronto Marta recordó el horror del choque que la había despertado de sus sueños para sumirla en las tinieblas de la nada, y dió un grito borrendo, quedando de nuevo sin sentido.

—Pronto, el médico... pronto—ordenó don Miguel.

—¿Qué ha podido ocurrirle?—preguntó Enrique.

—Sin duda ha venido a su memoria el instante del siniestro. Tengan la bondad de separarse un momento. Su presencia podría agitarla más aún.

—¿Qué pasa?—indagó el doctor que acudía a la urgente llamada.

—Debe de estar bajo la impresión del accidente—explicó la enfermera—. Al despertar preguntó si había bailado, y de pronto, como si recordara, dió un grito... Estos señores son sus familiares...

—Vamos, señorita, tranquilícese—dijo el doctor tomando el pulso a la enferma, que se agitaba en su lecho desesperadamente—. Está usted muy nerviosa...

—¿Quiénes son esos señores?—preguntó Marta, mirando fijamente a los que la rodeaban.

—Alicia, hija mía, soy yo, Miguel...

—¿Alicia?... ¿Por qué me llama usted Alicia?—preguntó Marta, muy extrañada, mirando a todos con recelo.

—Porque ese es tu nombre—afirmó Miguel, seguro de que hablaba con Alicia Vergara.

—¿Y a mí tampoco me conoces?—preguntó Enrique, acercándose más a la cama de la enferma.

—¿Se están burlando de mí?—preguntó Marta con angustia—. Ni yo me llamo Alicia ni sé quiénes son ustedes.

—Vamos, señorita, procure recordar—intervino el doctor—. Son sus familiares.

—Ya han llegado tus sombreros

de París—dijo Enrique, ayudándola a recordar.

—Y son preciosos... Yo los he visto.

—Pero... ¿qué tonterías están ustedes diciendo? —gritó Marta—. ¡Si yo hace seis meses que no me compro un sombrero... y menos en París!

—Pero Alicia, por Dios, haz memoria...

—¡Y dale con Alicia!—protestó Marta, que comenzaba a exasperarse—. Yo me llamo... ¡claro!... me llamo Marta, eso es, Marta... Y soy artista y vengo a contratarme a Madrid... Yo canto y bailo...

—¡Dios mío, está loca!... ¡Loca perdídal!... —exclamó don Miguel con el más profundo de los desalientos.

—¡Alicia!—suplicó Enrique,

—¿Qué le pasa a ese señor de la barba?—preguntó Marta al ver que don Miguel lloraba.

—Es don Miguel... tu tutor... —dijo Roberto, que también había venido a visitar a Alicia.

—Y yo soy Enrique.

—Y yo Roberto.

—¿No recuerdas que compraste todos los modelos de sombreros, porque ninguno te gustaba?

—¿Y que odias la música? ¿Y que querías ir a un concierto?

—Y como en Madrid no había

sombreros a tu gusto, te fuiste a Barcelona en coche-cama para comprarte uno.

Todos le iban diciendo cosas para ayudarle a recordar, pero Marta, cada vez más asustada, cogió al doctor por el brazo y le preguntó al oído:

—Doctor... ¿están todos locos, verdad?

—No, señorita... ¡qué disparate!

—¡Ay, Dios mío!... ¡Ay!... ¡Que entonces la loca soy yo!... —gritó Marta, desesperada—. Pero, no... no, ¿Dónde está mi bolso? Venga mi bolso, pronto...

—A ver, el bolso de la señorita —ordenó el médico.

—Déjenme a mí...—dijo Roberto con aire de suficiencia—. Ya verán como en cuanto me tenga cerca me reconoce y me recuerda.

Se acercó a la cama, de la que los demás se alejaron, se sentó al borde de ella y, mirando a Marta con ojos de besugo enamorado, le dijo:

—Alicia, amor mío, mírame.

—¿Pero quién es usted?—inquirió Marta, apartándose cuanto pudo, porque aquel hombre le daba miedo.

—Soy Roberto, tu novio... ¿No te acuerdas que yo era tu novio?

—¿Mi novio?... ¿Usted mi novio? ¡Ay, Dios mío!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!

¡Que si esto es verdad, antea estaba más loca que ahora!...

—¿Qué?...

—Doctor — preguntaba don Miguel entre tanto al médico—. ¿Es posible que haya perdido de tal forma la memoria?

—Puede ser un caso de amnesia aguda; suele presentarse en estas circunstancias; un "shock" traumático a consecuencia del choque... Ahora veremos—añadió el doctor, tomando el bolso que la enfermera le entregaba y acercándose a la enferma se lo mostró, diciendo—: Su bolso, señorita.

—¡Pero si éste no es el mío!— exclamó Marta al ver el riquísimo bolso de viaje de Alicia.

—Vamos, Alicia, miralo bien y verás como lo recuerdas.

—Pero si no es el mío... ¿Para qué voy a mirarlo?

—Para distraerte... Si ahora no tienes nada que hacer... Ya verás, es muy bonito—insistió Roberto.

—Mira, aquí está tu documentación: el carnet de conducir... Fíjate en tu fotografía.

Marta miró el carnet y, al ver la fotografía que la reproducía a ella, a ella misma, pero con otro peinado, con otro... no sabía qué... con otra alma... a ella, que no era ella, dió un grito.

—¡Ah!... No... no puede ser. ¡Ese

carnet es falso!... Esta soy yo... pero no soy yo. Ustedes me han tratado así... Ustedes son una banda de ladrones que me quieren complicar en algún robo... ¡Yo me voy! ¡Yo quieroirme!...

Iba a saltar de la cama, desesperada, pero la detuvieron.

—Señorita, cálmese... Estos señores no son ladrones...—dijo el médico.

—¡Sí, sí, lo son... y usted es el jefe de la banda!... ¡Sáquenme de aquí!... ¡Yo no les conozco!—gritó con gritos desesperados, pidiendo socorro.

—Silencio, señorita... Aquí no se puede gritar.

—¡Yo he venido a Madrid para trabajar!... ¡Ustedes son unos impostores!... ¡Yo me quiero ir!...

Volvió a intentar salir del lecho, pero el médico ordenó:

—Pronto, una inyección de morfina... Y ustedes, tengan la bondad de alejarse. No conseguimos más que excitarla...

—¡Sí, que se vayan todos!... ¡Yo también quieroirme!... Si no me dejan que me vaya... les morderé... les arañaré...

Estaba tan exaltada, tan furiosa, tan llena de ira, que Enrique, al salir del cuarto, comentó:

—¡Ea ella!... Ya va recobrando su propia personalidad.

—Yo creo que deberíamos llevarnosla a casa—dijo don Miguel.

—Sí, papá, sí. Ahora hablaremos con el doctor.

—Hagan el favor de esperarme en la habitación vecina. En seguida soy con ustedes.

—Nosotros quisiéramos llevarnosla...—dijo don Miguel al médico.

—Por ahora no es prudente... Más tarde, ya veremos...

Marta aprovechó aquellos breves momentos que la dejaron sola con la enfermera, para suplicarle:

—Por lo que más quiera, señorita, dígame dónde estoy... ¿Quiénes son esos hombres?... Yo soy una pobre muchacha sin familia y sin hogar. Estoy sola en el mundo...

—Cálmese... está usted muy excitada...—rogó la enfermera.

—¿Por qué no trata de dormir un poco? — preguntó el doctor, acercándose a ella de nuevo.

—Sí... quisiera dormir... no recordar nada... no pensar en nada...

El médico le puso la inyección de morfina y ordenó que corrieran las cortinas para que no entrara tanta luz:

—Sea buena... duerma un poco... y ya verá qué prontito estará usted en su casa—le dijo, mientras los ojos de la enferma, amodorrados

por el medicamento, se iban entornando apaciblemente.

Dos semanas más tarde, los criados, reunidos en la cocina, se miraban sorprendidos unos a otros.

—¿Qué os parece?... ¿Habrá despedido?—preguntó al fin Petra, la cocinera.

—No creo—contestó Juana—. En esta casa ha cambiado todo desde que la señorita se ha vuelto loca.

—¿Loca? — inquirió Ramiro—. Yo lo que creo es que se ha vuelto cuerda.

—En esta ocasión opino como tú —corroboró el mayordomo—. Por muy loca que esté ahora lo estaba antes mucho más.

—Ya se nota que está loca, porque si estuviera cuerda... es decir, si estuviera lo loca que estaba cuando no estaba loca, nos volvería locos a todos con sus gritos.

—Bueno, vamos a ver si hablamos claro... porque eso está más enredado que un crucigrama.

—Pues clarito: que yo la prefiero loca de verdad, es decir, como está ahora, porque desde que ha llegado

a casa no la he visto ni una sola vez.

—¡Ay, por mí, que no se cure nunca!—suspiró Petra.

—Yo, desde que tiene perturbado el intelecto, es que vivo en el paraíso—dijo la redicha Trini.

—Pues yo he escondido todos los cuchillos... ¡A mí me dan mucho miedo los locos!—confesó el sángo de Ramiro.

—¿Y con qué pelas las patatas?

—Las pongo al sol... hasta que se pelan...

—¡Qué malo eres haciendo chistes, Ramirito!... ¡Te cuadra mejor el drama!—exclamó Petra.

* * *

Mientras en la cocina comentaban en esta forma la enfermedad de la niña, arriba, en el salón, don Miguel hablaba con sus hijos.

—Estoy seriamente preocupado por la niña —decía don Miguel—. ¡La niña está loca!

—Vamos, papá, es una crisis nerviosa que pasará. Ya sabes lo que han dicho los médicos.

—Sí, sí, es posible que tengas razón, pero no puedo evitarlo... ¡Pen-

sar que no nos conoce! ¡Que no nos recuerda! ¡Que se obstina en decir que es artista!...

—¿Está más tranquila? —inquirió Enrique dirigiéndose a Susana que salía del cuarto de la enferma.

—Sí, pero un poco agotada. Podéis pasar, y, si no, esperad, la advertiré antes, para evitar que se sorprenda y pueda volverle el estado de excitación...

Volvió a entrar Susana en el cuarto de la que ellos llamaban Alicia, y la encontró levantada, paseando agitadamente por la habitación. La pobre chiquilla estaba perpleja y desconcertada ante los inesperados acontecimientos que habían irrumpido en su vida, y se debatía contra una situación que era incapaz de soportar y que la desesperaba hasta el paroxismo.

—¡Alicia!... ¿Pero por qué te has levantado?... Vamos, acuéstate... te lo ruego—murmuró Susana que era lo que más paciencia tenía con la "enferma".

—¡No quiero acostarme!... ¡No quiero, ea!... Lo que quiero saber es cuándo me han retratado de esta manera—replicó, cogiendo un gran retrato de Alicia, primorosamente enmarcado, que descansaba sobre la mesa tocador de la millonaria.

—No te excites, mujer—rugó Susana.

—Si no me excito — contestóle Marta con perfecta calma, queriendo llegar a desentrañar el secreto que la envolvía—. Si estoy completamente normal... Aquí, los únicos anormales son todos ustedes... Es decir, anormales no, chantajistas, eso es, porque todo este juego que están haciendo conmigo obedece a algún plan premeditado.

—¡Pobre Alicia!—suspiró Susana, viendo que la "enferma" se iba agravando en los disparates que tejía su imaginación trastornada por el accidente.

—Parece mentira que una muchacha como usted, que parece buena y educada, se preste a estas combinaciones—continuó Marta—. ¿No le teme usted a la policía?

—Anda, acuéstate, te lo ruego... Acuéstate... Están ahí Enrique y papá que quieren entrar a verte.

—Sí, me acostaré... ¡pero que no entren!

—Bien, mujer, lo que tú digas... Haremos lo que tú quieras...—aseguró Susana, que seguía las instrucciones del doctor de no contradecir en absoluto a la "pobre loca".

—Quiero estar sola... Déjeme... Quiero estar sola...

—Pero si yo quería hacerte compañía.

—No... quiero estar sola... Conec-

te la radio y déjeme—ordenó Marta.

—¿La radio? — inquirió Susana con profunda extrañeza.

—Sí, la radio, la radio... Quiero música... Quiero que la música me arrulle... Quiero descansar... que no entre nadie... que no me moleste nadie... ¡Quiero estar sola, sola con la música!

Susana conectó la radio, miró compasivamente a la que ella creía muy de veras que estaba por completo demente, y salió al saloncito donde aguardaban su padre y su hermano.

—No quiere que entre nadie — dijo con un gesto desolado.

—Entonces... ¿es que está peor?

—No, ni peor ni mejor, pero no entréis ahora. Me ha hecho conectar la radio, porque dice que quiere descansar arrullada por la música.

—¿Qué caso tan extraordinario! Antes odiaba la música...

—Dejémosla descansar. Yo voy a hablar con los criados para darles instrucciones—dijo Enrique.

—Y yo voy a llamar por teléfono al doctor Arroyo. ¿No os parece? Es preciso intentarlo todo para curarla—añadió don Miguel.

—Sí, papá, no está mal pensado. El doctor Arroyo es el mejor alienista de Madrid.

Cuando Marta se quedó sola en su habitación, dió más potencia a la radio y corrió al teléfono. Había tenido una idea que ella creyó genial, y quiso ponerla en práctica inmediatamente. Marcó el número de la Jefatura de Policía y esperó.

—Diga... Al habla... — dijo una voz, desde el otro extremo del hilo. —¿Cómo dice, señorita?... ¿Que la tiene secuestrada una banda de ladrones? Oiga... ¿no se tratará de un reclamo como la muerte de Ginger Rogers?...

—No, no, es un hecho real—decía Marta, desesperadamente—¿Que no lo comprende usted? Yo tampoco comprendo el fin que persiguen, pero estoy segura de que es algo fuera de la ley... No, no, no, le aseguro que no soy aficionada a leer novelas policíacas... Bien... ¿Que me mandará usted en seguida un agente? La dirección es Velázquez, 328. Será mejor que el agente se haga pasar por un médico. Así no le pondrán impedimentos y podrá descubrirlo todo... Que diga que es el doctor... Méndez, sí, eso es, Méndez... Gracias... Adiós.

Dió un suspiro al dejar el auri-

cular y se quedó esperando, segura de que aquello había de darle resultado, de que la policía se pondría de su parte y descubriría toda una trama de bandidaje que ella no acertaba a comprender.

Enrique, entre tanto, había bajado a la cocina y hablaba con la servidumbre respecto al trato que tenían que dar a la señorita Alicia:

—Ya lo sabéis... si os llamara y os hablase de un modo incongruente, no le contradigáis. Contestad a todo que sí y procurad no excitarla... ¿Comprendéis lo que os quiero decir?

—Sí, señor... Usted quiere decir que la señorita está más loca que una cabra—dijo Ramiro, que no podía jactarse de tener diplomacia para decir las cosas.

—¿Qué?... — murmuró Enrique, ofendido.

—No... nada... perdón... Es que uno, a veces, es un poco gráfico...

—Sí, un poco gráfico... y un mucho bruto—replicó Enrique.

—Sí, señor, también... — asintió Ramiro con humildad.

—Y ahora un ruego a todos: no hagáis comentarios con nadie acerca de la dolencia de la señorita. Es una conmoción que ha sufrido a consecuencia del choque, pero esperamos que curará pronto.

—Perdone, señorito Enrique—interrumpió Trini, que siempre tenía que hacer de marisabidilla—. Yo he oído decir que los que pierden la razón o la memoria a causa de una fuerte conmoción, a veces la recobran si experimentan la misma o parecida emoción.

—No sé... es posible...—murmuró Enrique—. Si llaman por teléfono preguntando por ella, decía que continúa de viaje.

—Sí, señor, diremos que todavía no ha encontrado un sombrero a su gusto y que sigue buscándolo.

—El señorito Roberto llamó hace un rato para informarse de su estado—explicó una de las doncellas.—Dijo que volvería a llamar mañana.

—Dígale cuando llame, si no estuviera yo, que no se preocupe, que la señorita está mucho mejor y que no se acuerda de él para nada. ¡Y no olvidéis cuanto os he advertido!

—Destruide el señorito. No se nos olvidará: que ella no se acuerda de él, y que debemos decirle que sí a todos los disparates que diga, aunque ya se encuentra mejor de la

conmoción... Está clarísimo — dijo el mayordomo.

—Ya lo veo... ¡Clarísimo!—replicó Enrique, saliendo de la cocina violentamente ante la estupidez del servicio.

Al quedarse solo, Ramiro se acercó a Trini y le preguntó con mucho misterio:

—¿Esa verdad que una impresión parecida podría hacerla recobrar el juicio?

—Yo creo que sí... ¿por qué?

—Porque se me está ocurriendo una idea genial... ¿No fué un choque de tren lo que le hizo perder la memoria?

—Sí.

—Pues otro choque puede hacérsela recobrar...

—¡Qué inteligente eres, Ramirito de mi alma!—replicó Trini, burlesca y coqueta.

* * *

El doctor Velasco llegó a la casa ya mal impresionado por las noticias que de la enferma le había dado don Miguel por teléfono, y, después de saludar a Enrique y de cambiar las superficiales frases de ritual, le preguntó:



En la amplia cocina los criados estaban ocupados cada uno en su tarea.



Sentada en la barra del Club de tenis, Alicia se disponía a tomar un refresco.



—¿No oyes que te estoy llamando?

—A veces estoy un poco sordo. Es en la única que me parezca a Beethoven.



... desde su humilde lugar en el departamento de tercera clase del expreso Barcelona-Madrid.



Alicia, rezando en la soledad de su departamento...



En el lugar del siniestro no había más que un montón informe de
moderos y de seres humanos que lanzaban gritos desesperados.



De pronto María recordó el horror del choque que la había des-
penada de sus sueños para sumirla en las tinieblas de la nada.



Suzana conectó la radio mirando compasivamente a la que ella
creía muy de veras que estaba loca.



—¡Farsante!... ¡Embustero!... ¡Malvado!... ¡No quiero ver a nadie!...
¡Ay, que es verdad, que es verdad que estoy loca, puesto que ya
no sé quién soy!



—Gracias a Dios que puedo bailar contigo y hablar contigo a solas...



Marta, en un primoroso baile rítmico, lleno de arte, de precisión y de originalidad, fué entonando la canción.



—¡Qué pena, papá, qué pena tan grande!—suspiró Enrique dominando al llanto que estaba próximo a estallar en su garganta.



—¡Se acabó Alicia!... Desde hoy me llamaré María Mendoza... ¡Este será mi nombre en el teatro!



María, con su vestido de segadora, se desesperaba sobre el haz de trigo.



Marta, sentada junto a don Miguel, fué poniendo en claro todo aquel embrollo.



... sentándose en un peldaño de la escalera y haciendo que Enrique se sentara junto a ella...

—Pero ¿qué ha sido lo de Alicia? No pensé, por las noticias de la prensa, que ofreciera su herida tal gravedad.

—No es la herida, doctor, sino la conmoción sufrida... Es una verdadera desgracia. Sólo los de casa conocen la verdad. Está loca, doctor, completamente loca — dijo Enrique con una honda pena—. ¿Quiere usted verla?

—Sí, pero antes dígame en qué estado se halla, en qué se fundan ustedes para creer que ha perdido el juicio...

—Pues en que no nos conoce a ninguno. Ya verá como a usted tampoco le recuerda. Le dirá a usted unas cuantas incoherencias: que la tenemos secuestrada, que somos una banda de ladrones, que ella no se llama Alicia, sino Marta, y que es artista... ¡Le ha dado por ahí la locura!

—Es lamentable... En fin, haremos lo que podamos. Vamos a verla cuanto antes.

—Vamos, doctor.

Se encaminaron al cuarto de Marta. Estaba ésta con Susana, que rara vez se separaba de ella, y paseaba por la habitación a grandes pasos, inquieta, ansiosa de que llegara la policía y pusiera fin a aquella situación que cada vez se le hacía más insupportable.

—¿No te cansas de pasear?—le preguntó Susana—. Vas a caer recodida.

—Mejor: así no tendré el disgusto de verles a ustedes más.

Enrique entró preguntando a Susana en voz baja:

—¿Está más calmada?

—Parece que sí, aunque no hace nada más que pasear.

—¿Qué están ustedes tramando? —preguntó Marta furiosa, acercándose a ellos—. ¿Por qué no habían en voz alta?

—Si no es nada, mujer... Le preguntaba a Susana si podía entrar a verte este amigo nuestro.

—¿Ese tío tan feo?... ¿Quién es? —preguntó Marta, mirando al doctor Velasco.

—Ea... el médico... el doctor...

—¡Ah, el doctor Méndez! — exclamó Marta llena de alegría, creyendo que al fin llegaba el agente policíaco que le habían prometido.

—Sí... el doctor Méndez—afirmó Enrique, y añadió, por lo bajo—: ¡El nombre es lo de menos!

—Adelante, doctor, mi querido amigo... — dijo Marta, tendiéndole muy amable su mano al doctor Velasco que la miraba con ojos de experto científico en aquella clase de enfermedades—. ¡Cuánto tiempo sin verle!... ¡Ya ha visto usted, un accidente desgraciado!... Yo le ex-

plicaré cómo fué. Siéntese, siéntese... y dígales que se vayan... Quiero estar a solas con usted...

—¿Tienen ustedes la bondad de dejarnos solos un momento?—rogó el doctor Velasco, cambiando una mirada apesadumbrada con los dos hermanos.

—Desde luego, doctor—dijo Susana, disponiéndose a salir.

—No faltaba más—añadió Enrique—. Ahí se quedan ustedes.

—Sí, váyanse... váyanse... Ya verán como el doctor Méndez me cura rápidamente...

Cuando la puerta se hubo cerrado tras ellos, Marta se sentó al lado del médico y le dijo con acento vehemente:

—Se lo voy a contar todo en seguida, antes de que nos interrumpan... Esta banda de ladrones se compone de esa chica, ese joven que acaba de salir, que es el más peligroso de todos, y otro más viejo, con barbas, que pasa por su padre, y además varios individuos disfrazados de criados.

—Vamos, vamos, tranquilícese... ¡Eso no es posible! —murmuró el doctor Velasco, mirando a la enferma compasivamente.

—¡Sí lo sabré yo!... ¿Ve usted?—añadió, cogiendo el retrato de Alicia—. Dicen que ésta soy yo... ¡Y soy yo... pero no soy yo!... ¡Yo

no me he hecho retratar nunca así! Y me llaman Alicia, y yo me llamo Marta. Dicen que soy rica, millonaria, y yo no tengo ni para vivir... Es necesario que usted actúe con mucha cautela. Ellos quieren que yo pase por loca. Deben de querer utilizarme para algún chantaje... No me dejan salir de esta habitación. ¿Usted es el jefe de policía con quien hablé hace un rato?

—No, yo soy...

—¿Es usted un agente? —interrumpió Marta con nerviosidad, porque tenía prisa en llegar al final de su relato, por temor a que le interrumpieran—. Da lo mismo... Dígales usted, para que no sospechen, que es necesario que yo salga con usted para... para que me hagan un análisis, cualquier cosa... Lo que importa es libertarme y descubrir sus planes... ¿comprende?

—Sí, sí... ¡ya me he dado cuenta de todo!—afirmó el doctor Velasco que en su fuero interno se decía que jamás se había encontrado ante un caso tan desesperado como el presente.

—¿Me ayudará?

—¡Claro!... Pero usted también debe ser dócil a cuanto yo le diga... Obedézcalas hasta que yo prepare la trampa para que no se escape ninguna. ¿Me promete no hablar mucho y no excitarse?

—Prometido... Yo fingiré que estoy loca de veras para disimular y facilitar así su trabajo—dijo Marta, muy seria.

—Eso es... Y no se preocupe, que la sacaremos de aquí... Voy a decirles que pasen para que no les alarme nuestra larga entrevista.

—Sí, sí, que pasen... ¡Verá cómo se convencerán ahora de que estoy loca de veras!

—Pasen...—dijo el doctor Velasco abriendo la puerta y haciendo entrar a los dos hermanos.

Marta se había despeinado, había cogido unas flores de un jarrón y, tendiéndose en la cama, se las echó por encima de su cuerpo exclamando:

—¡Ah, qué bellos claveles!... ¡Parecen melones!... ¡Una lluvia de melones sobre mi cuerpo!... ¡Ah... estoy rodeada de maravillas!... ¡Es blanda esta cama?... Voy a probar.

Se puso de pie sobre ella y comenzó a dar brincos, cantando alegremente y riendo con carcajadas histéricas:

—¡Ah, qué vida tan dichosa!... ¡Yo no quiero salir de esta casa!... ¡Aquí se está muy bien!... ¡Soy feliz, muy feliz!... ¡Ja, ja, ja!... ¡Tra, lara, lara, laraaaaa!...

—¿Su impresión, doctor?—inquirió Enrique, al que conmovía hondamente el estado de Alicia.

—Pesimista... Me parece un caso perdido. Quizá conviniera recluirla. Me la llevaré a mi sanatorio.

—Sí, sí... Yo no me marcharé de aquí si no es con el doctor... ¡Ay, qué doctor tan simpático y tan feliz!—dijo Marta, plantándose a su lado de un brinco y tirándole de la nariz.

—Bien... usted se vendrá conmigo... pero ahora tiene que calmar sus nervios—dijo el doctor Velasco—. No se mueva de donde yo la siento y prométame que ha de esperar tranquilamente hasta que yo vuelva... ¿Prometido?

—Desde luego, doctor, yo haré todo lo que usted diga.

—Bien... Siéntese usted aquí, que está más cómoda—dijo el médico, obligándola a recostarse en una butaca.

—Aquí me estaré, sentadita y sin moverme, hasta que usted vuelva... ¡Adiós, doctor!

—¿Doctor qué?... ¡No sabes su nombre?—preguntó Enrique, para ver si Alicia recordaba el nombre del médico y amigo de la casa.

—Naturalmente que lo sé... El doctor Frankenstein, mi gran amigo... ¡Adiós!... ¡Good by!... ¡Bai, bai!...

Se serenó en cuanto hubieron salido y se acomodó en la butaca disponiéndose a esperar, llena de ilu-

siones, a que el que ella creía un policía, arreglara todo aquel embrollo.

En el saloncito el doctor Velasco hablaba con Enrique:

—Sinceramente, la encuentro muy mal. Es necesario que hable con los demás colegas que la han visitado. Es un caso muy grave.

—¿Entonces, su impresión, doctor, es que no mejorará?

—No sé. Esperemos. De momento, hasta nueva orden, supriman las inyecciones de morfina. Cuando le agometan las crisis la meten ustedes en un baño de agua fría y se calmará. Duchas heladas y baños de sorpresa... ese es el tratamiento.

—Señorito Enrique — interrumpió en aquel momento el mayordomo, muy alarmado—. La policía... está ahí...

—¿La policía?

—Sí, señorito... la po... po... po... ll... cía... —balbuceó Trini, que estaba aún más impresionada que el mayordomo.

—Debe de ser relacionado con el accidente. ¿Quiere acompañarme, doctor? —dijo Enrique.

—Con mucho gusto.

—Quiero que sigamos hablando de Alicia, doctor —dijo Enrique, mientras se encaminaban al "hall", donde esperaban los agentes de la secreta—. Me preocupa mucho su

caso. Cada vez dice más tonterías. Antes las decía también, pero eran tonterías normales, las que le inspiraba su carácter irascible que ya todos conocíamos... ¡Pero, ahora...!

—Sí. A mí también me extraña —murmuró el doctor, que no veía bien claro el caso.

Enrique se dirigió a los agentes que esperaban:

—Ustedes dirán...

—Usted perdono. En la Jefatura se ha recibido un aviso telefónico denunciando que en esta casa hay secuestrada una señorita a quien tratan de hacer pasar por loca. ¿Puede usted decirnos lo que haya de verdad en este asunto?

—¡Ya comprendo! La dueña de esta casa, la señorita Alicia Vergara, ha sido víctima de un accidente ferroviario, a consecuencia del cual ha perdido la memoria y, posiblemente, la razón. El doctor Velasco, que acaba de visitarla, puede confirmar cuanto les digo.

—Efectivamente, todo es exacto —afirmó Velasco.

—De todos modos, ¿podríamos ver a la señorita Vergara? Por puro trámite, ¿comprende?

—No hay inconveniente. Y hasta pueden interrogarla, si lo desean. Vengan conmigo.

Se encaminaron al cuarto de Marta, en donde ésta estaba

cantando a voz en grito, con gran desesperación de Susana, que ya tenía crispados los nervios.

—Alicia, por Dios, ¿es que no vas a dejar de cantar? —le decía.

—¡Imposible!... Tengo cuerda para cuarenta y ocho horas. ¡Tra, lara, lara, la, lalalá!

Cuando vió entrar de nuevo a Enrique con el médico y otros dos caballeros, fué a ellos jovialmente y les dijo:

—¡Mi querido maestro, le felicito por el concierto!... ¡Ha tocado el violín maravillosamente! ¿Verdad, mi querido doctor Voronoff? ¡Ah, cuánto bueno por esta casa, Marqués... Conde... bienvenidos... No sabía que hubiera recepción... ¿Cómo no ha venido la cursi de la Condesa?

—Doctor... yo creo que se agrava por momentos —susurró Enrique, y dirigiéndose a los policías, añadió:

—Pueden ustedes interrogarla, si lo creen necesario.

—¿Qué, nos vamos ya? —preguntó Marta, mirándoles a todos, un poco extrañada.

—Perdone, señorita —dijo uno de los agentes—. ¿Es usted quien ha telefonado a la policía diciendo que la habían secuestrado en esta casa.

Marta dió un salto atrás, como si la hubiera picado una víbora... Así,

¿también la policía se confabulaba para actuar contra ella? Sintió que el terror se apoderaba de su ánimo y permaneció callada, con los ojos fijos en aquellos hombres hacia los que sentía miedo y rencor.

—Contesta, Alicia... Los señores son agentes de policía.

—¿De policía...? ¿Son ustedes agentes de policía?... —inquirió Marta, con el miedo reflejado en sus pupilas.

—Sí, señorita.

—Pero... ¿policías de verdad, como usted? —preguntó, dirigiéndose al doctor.

—Alicia, por Dios... que el señor no es policía... que es el doctor Velasco, a quien conoces de siempre y que ha estado hablando contigo hace un momento —explicó Enrique.

—¡Mentira!... ¡Mentira!... ¡No puede ser!... Ha dicho que era doctor para engañarle a usted y sacarme a mí de esta casa... ¿No es verdad?... Yo no estoy loca, ¿sabe? ¡No lo he estado nunca!... ¡Y usted es un tonto!...

Los agentes de policía cambiaron una mirada entre sí, y, encogiéndose de hombros, dijeron:

—Tenía usted razón, doctor. ¡Es un caso perdido!

—Desgraciadamente —afirmó el doctor Velasco,

—¿Desgraciadamente? — rugió Marta, creyendo que de veras iba a volverse loca—. ¿Pero es que usted también...? ¿Qué está diciendo? ¿No es usted policía?...

—Vamos, vamos, cálmate, Alicia, cálmate...

—¿Alicia?... ¿Y por qué me llama usted también Alicia?... Pero, entonces... ¡Ay, Dios mío!... ¡Que voy a acabar loca de verdad!... —sollozó Marta, echándose sobre la cama con desesperación.

—No te excites... todo pasará...

—¡Farsante! ¡Embuatero! ¡Malvados!... Váyanse, todos, todos... No quiero ver a nadie... No quiero hablar con nadie... Quiero estar sola... Quiero llorar... ¡Quiero morir-me!... ¡Ay, que es verdad, que es verdad que estoy loca, puesto que ya no sé quién soy yo...!

Los agentes se miraron con una mirada de resignada sorpresa y uno de ellos, despidiéndose de los dueños de la casa, dijo:

—Ustedes perdonen... Yo creo que lo que necesita esta señorita es una camisa de fuerza.

En la cocina no se hablaba de otra cosa que de la enfermedad de la señorita. Todos estaban consternados y todos anhelaban, en secreto, que Alicia volviera a ser aquella fierecilla que a todos hacía enloquecer con sus caprichos, sus exigencias y sus veleidades. Preferible era aquello que la situación actual, pues ahora nunca sabían a qué atenerse y siempre sentían el miedo extraño que produce en todo ser normal una enfermedad que ultrapasa los límites de la comprensión humana.

—¿Será posible que otro susto hiciese recobrar a la señorita la razón? —preguntó el mayordomo, que hacia días tenía en el cerebro fija aquella idea, como si ella hubiera de llevarle a la salvación de la enferma.

—Yo lo he leído en libros de medicina —afirmó Trini, con aire superior.

—Pues si es cierto, yo procuraré no asustarla nunca, para que no recobre la razón—, dijo Fermína, que era la que había sufrido más de cerca las intemperancias de la señorita cuando estaba en su sano juicio.

—¡Eres una egoísta! — afirmó Juana, que quería a la señorita, porque llevaba a su servicio mu-

chos años—. Yo haría cualquier cosa por verla de nuevo como era antes. ¿Qué susto podríamos darle para que recobrara la razón?

Se quedaron todos pensativos, buscando el medio mejor para conseguir su fin, cuando, de pronto, Ramiro, el de las ideas geniales, dió un grito:

—¡Ya está!...

—¿Qué pasa?

—¡Que ya está! ¡Que ya tengo la idea!

—¿Y qué has pensado?

—Pegarle un tiro así... a boca de jarro...

—¡No seas bruto!... ¿No se te ocurre nada un poco menos alarmante? —preguntó Juana.

Ramiro se rascó la cabeza, hizo unas cuantas muecas y luego replicó en tono de profunda convicción:

—Yo creo que lo más cuerdo es dejarla loca...

—Yo ya lo tengo decidido —añadió Fermína, resueltamente—. Como recobre la razón, me marcho de la casa. ¡Que la aguante quien quiera!

—Yo, tanto como marcharme de la casa, no; porque aquí se come bien y se nos da buen trato... Pero que le doy otro susto después para que vuelva a su forma actual... eso es vicio. ¡Ya se me ocurrirá al-

guno! —dijo Ramiro, mientras saboreaba deliciosamente un ala de pollo.

—¿A ti qué se te va a ocurrir, pedazo de dramaturgo? —se burló Felipe.

—¿Que no?... Ya verás... Cuando esté asomada al balcón toco un pito, como si fuera el del tren, y le doy un empujón, para que caiga suavemente a la calle... ¿Qué te parece?

—¡Qué animal! —exclamó Petra, dando un porrazo a Ramiro.

Volvieron a comer todos en silencio, pensando cada uno en el medio de devolver la razón a la señorita, o de dejarla estar sin ella, según la simpatía o antipatía que por Alicia sentían los criados, cuando de pronto, el mayordomo que, por haberse dedicado a los crucigramas encontraba siempre la frase justa, exclamó, enarbolando el tenedor:

—¡Eureka!... ¡Eureka!...

—¿Eh?

—¿Qué pasa?

—¿Se ha tragado un hueso?

—¿Qué le sucede?

—No os alarméis —dijo el mayordomo al ver el general susto que su exclamación había producido—. ¡Eureka es un grito de victoria!

—¡Anda!... ¡Y yo que me creía que era una marca de calzado! —comentó Petra.

—¡Lo que aprende ese tío con los crucigramas! — masculló Ramiro, que le tenía un tantito así de envidia al mayordomo, por encontrar aquellas palabras con las que él no acertaba nunca para intercalarlas en sus dramas.

—Ramiro, a ti te debo la idea que acaba de alumbrar mi cerebro —explicó el mayordomo—. Tengo la fórmula para curar a la señorita Alicia. ¡Y que es maravillosa!... No tenía más que seguir mis instrucciones. Escuchadme todos... Cuando la señorita Alicia esté sola en su gabinete...

Les explicó el plan y se dispusieron a ponerlo en práctica acto seguido: cada uno de los criados tenía asignado su papel, y entre todos tenían que dar la sensación de un ferrocarril en marcha: uno era la locomotora; otro el furgón de cola, con su lucécita roja; otro debía hacer sonar el silbato; otro martillearía en un hierro como si fuera el que repasaba las ruedas del convoy en las estaciones. En fin, cada uno aprendió lo que debía hacer y, después de varios ensayos, se dirigieron todos al gabinete de Alicia, haciendo una farsa tan incomprendible y tan atrabiliaria, que Marta, mirándoles actuar, tuvo la completa sensación de que estaba en un manicomio.

—¿Pero, qué hacéis?... ¿A qué viene esta mascarada? —preguntó Susana, que entró en aquel momento en la habitación, viendo a los criados empleados en aquel extraño menester.

—Es orden superior, señorita —contestó Juana, que agitaba la campana, como si fuera ya a dar salida al convoy.

—¿Pero esto es un manicomio? —gritó Marta, desesperadamente, queriendo a toda costa salir de aquel atolladero en que estaba metida y que amenazaba con hacerla enloquecer de veras.

—¡Señores viajerosooooooooos...! ¡Atteeeeeeen! —gritó Ramiro.

—Meriendas, cenas, frutas, gaseosas... —cantaba Fermina, paseando de un lado a otro, empujando el carrito de servicio.

—Almohadas para viaje... almohadas... —decía Trini, con tres o cuatro almohadones bajo el brazo.

—¡Adiós, feliz viaje!

—¡Recuerdos a los tíos!

—Piiiiiii —silbó Ramiro, dando la señal de partida.

—Oye, tú, locomotora... ¡cuidado con las curvas! —aconsejó Petra a Ramiro.

—Chu, chu, chu, chu... —hicieron todos, imitando el ruido del tren cuando se pone en marcha.

—¿Qué barbaridad hará el ma-

yordomo, que no ha querido decirnoslo? —preguntó Juana, un poco alarmada.

No tardaron en saberlo, porque en aquel momento entró el mayordomo, y gritó:

—¡Catástrofe!... ¡Chocamos con el otro tren!...

Y lanzó al suelo un petardo tan formidable, que todos huyeron despavoridos, lanzando gritos de angustia.

Marta aprovechó el momento de confusión para salir corriendo de aquel cuarto en que la tenían secuestrada, y bajó como un relámpago la escalera, lanzándose hacia la puerta de la calle.

Pero cuando ya se creía salvada al ir a salir por ella, se dió de manos a boca con Enrique, que entraba en aquel momento y que le interceptó el paso:

—¿Adónde vas? — le preguntó.

—¡A usted qué le importa! ¡Déjeme pasar! —gritó Marta.

—¡No!... ¡Y desde ahora te vigilaré yo todo el día!... ¿Por qué te han dejado salir?

—Me he escapado yo... ¿Y qué? Déjeme salir... ¿Qué pretenden hacer conmigo? —preguntó Marta, encarándose con Enrique y desafiándole con la mirada.

—Lo que hemos hecho hasta ahora: cuidarte.

—¡Cuidarme!... ¡Bandido!... Si en la cara se le ve que es usted un asesino... ¡Déjeme salir!

—No, Alicia, no... vuelve a tu habitación... Vamos, o te pongo la camisa de fuerza.

—¡Canalla! —gritó Marta, huyendo a través de la estancia, perseguida por Enrique—. ¡Yo no estoy loca! ¡Quieren que lo esté, pero no lo estoy!... ¡Socorro! ¡Auxilio!... ¡Socorro! ¡Me tienen secuestrada!... ¡Socorrooooooooo!

Corrían los dos de un lado para otro. Marta se amparaba tras de las mesas y de los muebles, huyendo de Enrique, que quería detenerla.

—Vamos, Alicia —le decía éste, tratando de persuadirla—. Sé razonable, y no me hagas emplear la fuerza.

—¡Criminal!... ¡Asesino!... ¡Como se acerque usted le rompo este jarro en la cabeza! —amenazó Marta, enarbolando un precioso jarrón de china—. ¡No se acerque!

Y como viera que Enrique iba a alcanzarla, le arrojó el jarro, que fué a estrellarse en el suelo, gracias a una hábil pirueta que hizo Enrique para rehuir el golpe.

—¡Cuidado, Alicia, que el jarrón es tuyo... pero la cabeza es mía! —dijo, con humor.

Pero Marta hula despavorida,

gritando alocadamente y los criados, al encontrarse con ella por la escalera, retrocedieron aterrorizados:

—¡Que viene la loca!

—¡Que le ha dado el ataque furioso!

—¡Que la loca va a acabar con todos nosotros!

Corrían todos y Marta se lanzó al balcón, se apoyó en la baranda con ánimo de saltar sobre ella y acabar de una vez para siempre con aquel martirio, pero, al ver la profundidad de la calle, dió un grito de angustia, se llevó la mano a la frente y cayó en los brazos de Enrique, llorando como una niña.

Éste la retuvo en sus brazos, sintió que en su corazón brotaba un sentimiento nuevo hacia aquella pobre criatura, y le acarició la cabeza con tierno afecto como si hubiera querido, con mucho amor, curar el pobre cerebro enfermo que tanto sufría y tanto le hacía sufrir.

Aquella caricia, aquel calor de afecto que Marta encontró en el pecho de Enrique, pareció devolverle la tranquilidad y la paz. Se dejó conducir, como una nena doliente, a su cuarto, dejó que la tendieran en la cama y se durmió apaciblemente. Desde que estaba "secuestrada" era la primera vez que un sueño reparador, lleno de paz

y de confianza, calmaba sus pobres nervios torturados por una situación incomprensible.

A la mañana siguiente Juana le entró el desayuno, como todos los días.

—Señorita... señorita... —la llamó suavemente, para no sobresaltarla y no despertar, ya desde el primer instante, sus instintos de loca.

—Buenos días, Juana —dijo Marta, incorporándose en la cama.

—¿Ha descansado bien la señorita?

—Sí, gracias.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Susana, que velaba siempre cerca de la enferma.

—Bien, bien... hoy me encuentro muy bien —afirmó Marta, mirando a las dos mujeres con una mirada nueva, con una mirada que ellas no le habían visto aún y que las sorprendió.

—Vas a desayunar, ¿verdad?... Puesto que te veo más tranquila, voy a dejarte sola con Juana. Tengo que hacer unas diligencias. Volveré en seguida —dijo Susana.

—Vaya tranquila la señorita. Yo no me moveré de aquí hasta que usted vuelva —aseguró Juana.

—Bien... hasta luego. Que seas buena y obediente, ¿oyes? —dijo a Marta, dándole unos golpecitos en la mejilla.

Cuando Susana se hubo alejado, Marta comentó:

—Esa chica está loca.

—¡Señorita! — exclamó Juana, queriendo contener la imaginación enferma.

—Ven, Juana, siéntate a mi lado, por favor... y dime la verdad, pero la verdad entera, sin ambages... ¿Por qué me tienen aquí encerrada?

—Porque la señorita está muy débil y quieren que se reponga.

—¿Es que los cerrojos alimentan? —preguntó Marta, con un movimiento de incredulidad.

—Pero, señorita... ¿por qué no hace usted un esfuerzo y trata de recordar su vida pasada, la vida que llevaba usted antes del accidente? —preguntó Juana, apiadada de la señorita, queriendo ver si por las buenas lograba hacerla recordar todo lo que parecía por siempre borrado de su cerebro.

—Pero si no pasa un momento sin que la recuerde... ¿Era tan distinta de ahora!... —suspiró Marta—. Dime... ¿por qué me tienen aquí?

—Yo le explicaré... A ver si entre las dos recordamos mejor todo lo que pasó —dijo Juana pacientemente—. Usted tuvo un accidente en el tren, cuando iba a Barcelona a comprarse un sombrero... Hubo un choque terrible, y, a causa del

golpe que recibió usted en la frente, perdió la memoria...

—No, no es verdad... Lo del choque sí, lo recuerdo perfectamente; pero fué de otro modo... Yo no iba a Barcelona... Yo venía a Madrid en busca de trabajo... Yo soy artista...

—¡Ya empieza otra vez a desvariar la señorita! —suspiró Juana con pena.

—Recuerdo muy bien el accidente... —siguió diciendo Marta, como si hablara en sueños—. Pero... ¿qué pasó después?

—Procure recordar la señorita... Haga un esfuerzo... Por su bien se lo digo... Los médicos dicen que si no mejora tendrán que cerrarla en un manicomio.

—¿Qué dices?... ¿En un manicomio?...

—Sí, señorita... Como usted siempre está diciendo que no es la señorita Alicia, que se llama Marta, que es artista... y todas esas locuras...

—Y si me encierran en un manicomio... ya nunca podré salir de allí... ¡Dios mío!... ¿Pero es que nadie cree en lo que digo?... ¡Ayúdame, Juana, por Dios, ayúdame!

—Esto es lo que quiero, señorita... Procure recordar... Su vida pasada, sus caprichos de niña millonaria, sus noches de fiesta, su salida de Madrid hacia Barcelona...

Recuerde, señorita, recuerde, para que no la lleven al manicomio...

Por la imaginación de Marta, mientras Juana hablaba de sus millones, de sus noches de fiesta, de sus amigos, desfilaba en trágica visión la humilde casa de huéspedes de doña Rita, su miseria, el hambre pasado en busca de trabajo que nunca encontraba, sus vestidos raídos, sus zapatos gastados, su salida en un departamento de tercera clase en el expreso Barcelona-Madrid.

Las palabras de Juana la hicieron reaccionar. Tuvo una decisión íntima, y, enfrentándose con una realidad que ella no había buscado, murmuró:

—¿Por qué no?... ¿Por qué no ha de ser cierto todo esto...? ¡Antes que el manicomio, todo!... Anda, Juana, llévate el servicio del desayuno y ayúdame a recordar...

—¡Ay, señorita, qué alegría!... ¡Ya es usted otra persona!... ¡Voy a avisar al señorito Enrique! —exclamó Juana en transporte de júbilo.

—No... espera... espera... Primero, ayúdame a recordar... Todavía hay cosas un poco confusas en mi imaginación... Esto era mío, ¿verdad? —preguntó, abriendo el armario ropero y mostrando toda la maravilla

de trajes que en él estaban guardados.

—Sí, señorita Alicia, todo lo de esta casa es suyo... ¿Recuerda usted?... Usted es huérfana...

—Sí, soy huérfana...

—Don Miguel es su tutor; la señorita Susana y el señorito Enrique son hijos de don Miguel, y el señorito Enrique es su administrador... ¿Verdad que recuerda usted?

—Sí... comienzo a poner un poco de orden en mis ideas, Juana... Dime, Juana: ¿qué carácter tenía yo antes del accidente?

—Pues, le diré, señorita... La señorita era un poco nerviosa, pero muy buena en el fondo; era caprichosa; reñía con frecuencia, pero hacía pronto las paces con todos.

—Pues ahora he cambiado mucho. No quiero reñir con nadie, absolutamente con nadie. Oye... ¿me gustaba la música?

—La odiaba usted, señorita.

—¿Qué raro!... En cambio, ahora me gusta mucho... ¿Quiénes son esa señora y este caballero? —preguntó, tomando un retrato que había sobre el escritorio.

—Sus padres, señorita.

—¡Mis padres! —suspiró Marta, abrazando conmovida el retrato de unas personas a las que no conocía, mientras en su imaginación brota-

ba el recuerdo de sus verdaderos padres—. ¡Mis padres!... ¡Claro... yo soy Alicia...! ¿Alicia qué?

—Alicia Vergara, señorita.

—¡Es verdad!... ¡Qué tonta!... ¡Lo que más me cuesta recordar son los nombres! —dijo Marta, sonriendo.

—Todo lo irá recordando la señorita.

—Sí... Yo soy Alicia... Enrique... mi tutor... mis padres... ¡Ah! ¡Sí!... Yo soy Alicia, tú eres Juana... Éste es mi papá: ésta, mi mamá... ¡Yo soy millonaria! ¡Qué gusto da recordarlo todo!... ¡Y soy caprichosa!... A ver, pronto, que venga la servidumbre... ¡Todos! ¡Todos a mis órdenes! —dijo Marta, haciendo sonar todos los timbres a un tiempo.

¡Qué alegría, señorita!... ¡Qué alegría!... ¡Ya vuelve usted a ser la misma de antes! ¡Igualita, igualita!

En la cocina repiquetearon las campanillas eléctricas, sembrando el espanto entre los criados.

—¿Qué pasa?

—¡Ay, Dios mío! ¡Que ya se ha puesto buena la señorita!

—¡Y que nos llama a todos!

—¡Como se haya puesto buena, me largo a mi pueblo!

—Vamos, vamos, pronto...

—Trini... ¿qué sucede? —indagó Enrique, viendo que los criados co-

rrían todos en una misma dirección.

—¡Ay, señorito, una gran desgracia!

—¿Una desgracia?

—Sí, señorito... ¿No oye cómo suenan los timbres?... ¡Igualito que antes!... ¡Mucho nos tememos que la señorita se haya puesto buena!

Entraron en el gabinete de Marta en fila india y se cuadraron ante ella. Les pasó revista y les dijo con aire despreocupado:

—¡Ah, mis fieles criados! Os recuerdo a todos: el chofer, la cocinera, el mayordomo, y éste es...

—Ramirito, el pinche —se presentó Ramiro con una reverencia muy cómica.

Enrique entró, asombrado:

—¡Alicia! —exclamó, al verla en tan buena disposición.

—¡Enrique!

—¿Me conoces?... ¿Sabes quién soy?... ¿Recuerdas?... —preguntó, con una alegría que no hubiera podido ocultar.

—¡Claro!... Eres Enrique, mi administrador... ¿Cómo andamos de dinero?

—Pero... ¿qué dices?

—No te asustes, fué una broma. Oye, Enrique, no puedo comprender lo que me ha pasado... Ayúdame tú también a recordar, ¿quieres? Noto como una sensación de vacío en

la cabeza... Anda, llévame a recorrer la casa.

—Sí, Alicia, sí, como quieras... Ven conmigo.

Se apoyó en el brazo de Enrique y comenzaron a recorrer toda la casa. Enrique iba explicando:

—Este es el gabinete; esta puerta comunica con el pasillo que conduce al hall; esta otra puerta da al saloncito; y a la izquierda...

—¡Estamos perdidos! —suspiró Ramiro, con desaliento—. ¡Se acabó la tranquilidad!

—Misterios del organismo humano —comentó la sapientísima Trini—. Hoy es una persona normal y ayer era una paranoica...

—¡Ya está! ¡Me has solucionado un crucigrama! ¡Paranoica... nueve letras...! ¡Era la que buscaba! —exclamó el mayordomo, anotando en el encasillado la enrevesada palabra que se le había estado resistiendo durante ocho días.

Enrique habló por teléfono con su padre que estaba en una finca a pocos kilómetros de Madrid:

—¿Cómo estás, papá? No debías

levantarte tan temprano. Eres más terco que Alicia antes del accidente... Sí, está cambiadísima. El accidente le ha curado por completo aquellos nervios tan molestos. Es otra mujer... Con decirte que se ha aficionado al baile y a la música... ¡Si está desconocida! Mañana iré a buscarte... Adiós, papá, hasta mañana...

—Buenos días, Enrique —dijo la voz de Marta, que entraba en aquel momento en el saloncito—. ¿Con quién hablabas?

—Con papá... y precisamente hablábamos de ti. Mañana iré a buscarle a la finca para que esté aquí el día de tu cumpleaños.

—¿Has visto las invitaciones?

—A ver —dijo Enrique, cogiendo una de ellas. Y leyó:

"Alicia Vergara tiene el honor de invitar a usted a la fiesta de su cumpleaños, que se celebrará el 4 de mayo..."

—Pero, oye... ¿no es el día 5 tu cumpleaños? —preguntó Enrique.

—¡Imposible!... Me he informado muy bien.

—¿Qué?

—Quiero decir que... que Juana me lo ha recordado... Y ya saben que Juana es un fenómeno de memoria.

—Entonces... será verdad que es el 4...; pero yo hubiera jurado que

siempre lo habías celebrado el 5...

—Un día u otro, ¿qué más da?... Y para ese día os reservo una sorpresa...

—¿Me la vas a decir?

—No, porque dejaría de serlo... Tú sí que me vas a decir qué era lo que estabas tocando hace un momento en el piano.

—Nada... Mi última composición.

—Me gustaría oírla.

—¿De veras?... ¡Cómo has cambiado! Antes te exasperaba que yo tocara el piano...

—Quizá... —susurró Marta con melancolía—. ¡Pero he cambiado tanto!... ¡Ha cambiado mi vida de tal forma, que, a veces, no sé si vivo... o si sueño!

—¿Por qué, Alicia? —preguntó Enrique, cogiendo una de las manos de la muchacha y acariciándola dulcemente.

—No me llames Alicia, te lo ruego...

—No te comprendo.

—Tienes razón... Ni yo misma sé lo que me digo... ¿Cómo se llama esa canción que has compuesto?

—“Yo sé esperar”.

—Es un bonito título. ¿Quién te lo ha inspirado?

—Tú...

—¿Quieres tocarla?

Enrique preluvió la canción y la cantó a medio tono, como si las

palabras y la música fueran sólo dirigidas a la mujer que le estaba escuchando con los ojos húmedos de emoción:

Yo sé esperar...

—Calla, calla, Enrique... —susurró Marta, cuando la última palabra de la canción hubo expirado en los labios del músico—. ¡Es demasiado sentimental esa canción!... ¡Has estado a punto de hacernos llorar!...

El le besó la mano y puso una profunda mirada en aquellos ojos dulces y buenos que nunca le habían mirado como ahora, aquellos ojos que eran los de Alicia, pero que no miraban como los de Alicia.

Llegó la fiesta del cumpleaños de la muchacha y en la casa se congregó un nutrido número de amigos que habían sido invitados previamente.

Los caballeros formaban grupo en un rincón del salón, y charlaban de lo que era la comidilla de todas

las conversaciones: del favorable cambio experimentado en la muchacha después del terrible accidente ferroviario que había amenazado primero su vida y después su razón:

—El cambio experimentado en ella es asombroso —decía don Miguel—. Todo aquello que antes, por esnobismo, rechazaba, es lo que ahora cultiva. Su carácter también ha cambiado. Sabe dominar sus nervios y tiene una dulzura que a todos cautiva.

—No obstante, aun conserva aquella altivez que la hacía tan... tan... ¿Cómo la hacía aquella altivez? —preguntó un caballero calvo, que no tenía facilidad de palabra.

—No sé. Yo la veo igual. No sé a qué altivez te refieres.

—Sí, hombre, sí. Aquella de cuando... cuando... aquella... Bueno, usted me comprende, ¿verdad, Miguel?

—No, pero es igual. Usted lo que quiere decir es que es ella misma, sin ser ella misma.

—Eso es, eso es —afirmó el caballero satisfecho de haber encontrado una explicación exacta a lo que él no sabía expresar.

La juventud bailaba con entusiasmo mientras los viejos departaban en su rincón. Marta bailaba con Roberto que, deseoso de reemprender aquellas relaciones interrumpidas por el accidente, le decía, esforzándose en mostrarse amable y cariñoso:

—Gracias a Dios que puedo bailar contigo y hablar contigo a solas... Antes de tu locura me marcaste un plazo de ocho meses para decidirte a ser mi novia oficial. Han pasado unos cuantos más y aun espero tu contestación. ¿No lo recuerdas?

—No tengo ni la menor idea. ¿Y por qué te puse un plazo tan largo?

—Porque decías que hasta esa fecha no estabas dispuesta a tener novio. ¿Cómo entonces eras tan excéntrica!

—Pues, ahora que soy más sensata, debo hablarte con toda sinceridad... Mi pasado ha muerto, ¿comprendes? Soy completamente distinta en todo. Por lo tanto, al desaparecer mi extravagancia, desaparecieron con ella todos mis compromisos...

—Lo cual quiere decir que... —murmuró Roberto, creyendo comprender.

—Que no hay nada de lo dicho

entonces — corroboró Marta—. En mi nueva vida soy muy dichosa...

—Te felicito.

—Gracias.

—Vamos al bar a brindar por tu felicidad... y por aquella locura tuya que te hizo tan sensata.

—Y por lo mucho que, al parecer, te hice sufrir con mis excentricidades—rió Marta, siguiendo a Roberto hasta el bar.

Allí se encontró con el doctor Velasco que la saludó atento y respetuoso:

—¡Alicia, cuánto me alegra verla completamente repuesta!

—Gracias a usted, doctor... Aquellas duchas heladas fueron de un efecto sorprendente y maravilloso. Aun me da escalofrío cuando las recuerdo. ¿Emplea usted siempre el mismo sistema con todos sus enfermos?

—Sí. En casos parecidos, siempre. Terapéutica moderna. La reacción física provoca una sacudida simultánea en el espíritu.

—¿Y no le falla nunca, doctor?

—No, no.

—¡Claro... o se curan... o se mueren de pulmonía!—rió Marta, alejándose del médico que también se quedó riendo.

—Buena... ¿y cuándo llega esa sorpresa que nos habéis anunciado? —preguntó Antoñito, uno de los invitados a la fiesta.

—¡Ya estamos impacientes!—afirmaron varias voces.

—Y nosotras arrepentidas de haberlo ofrecido — dijo Susana —. ¿Verdad, Alicia?

—No... Yo no me arrepiento, ¿por qué? ¡Hay que ser decididas! ¿Estás dispuesta?

—Por mí... cuando quieras... Pero prefiero que empieces tú.

—Bien... ¿Dónde está Enrique?—preguntó Marta que ya se le iba haciendo difícil estar lejos del muchacho.

Enrique estaba entre un grupo de sus amigos y también él buscaba a Marta.

—¿Dónde estará Alicia?—decía, buscándola con los ojos por todas partes.

—Te preocupas mucho de ella—comentó Julita.

—No ves que aun está convaleciente...—bromeó Totó.

—¡Y eso que erais incompatibles!

—Desde luego... lo éramos—afirmó Enrique—. Pero Alicia ha cambiado mucho. Es otra mujer.

—Sí... la ha hecho cambiar la lo-

cura...—dijo Totó, con un poco de despecho.

—Lo malo es que ahora la locura la has heredado tú—añadió Julita, en idéntico tono.

—El motivo de todo ello es una sola cosa: ¡la herencia!

—Sois muy ingeniosas... — murmuró Enrique.

—No te enfades... Mira, allí está tu amor.

En efecto, Marta estaba en el entarimado para la orquesta, al lado de Antoñito que iba a anunciar la tan esperada sorpresa:

—Señoritas, señoras, caballeros... Llegó el momento de anunciar a ustedes que la señorita Alicia Vergara va a interpretar la última composición de nuestro gran amigo Enrique...

—¿Quiere el maestro acompañarme?—rogó Marta, sonriendo a Enrique e invitándole para que se sentara al piano.

—¿Qué maquinaciones son éstas?—le preguntó él, por lo bajo.

—Te ruego que quieras tocar "Yo sé esperar"—le replicó Marta en el mismo tono.

Enrique obedeció y Marta, en un primoroso baile lleno de arte, de precisión y de originalidad, fué entonando la canción:

Yo sé esperar...

Su cuerpo se cimbreaba al compás de la música y sus pies tejían en el suelo los arabescos de un baile casi irreal, como si tuvieran alas, como si los moviera la magia encantada de algún duendecillo que fuera el alma misma de la música.

Cuando terminó, los aplausos más cálidos se dejaron escuchar.

—Estos aplausos son para ti, Enrique, porque tú eres el autor.

—Pero esto ha sido una traición...

—¿Serás capaz de decir que no te agrada?... Esta era mi sorpresa... ¿No la canté bien?

—Estuviste maravillosa — afirmó Enrique.

—¡Muy bien, Alicia, muy bien! — gritaban de todas partes.

—¡Chica, qué sorpresa! — murmuró Roberto, despechado—. ¡con lo que odiabas la música!

—Te felicito, Alicia — añadió don Miguel, abrazando a su pupila—. Has cantado tan bien que hasta me ha parecido buena la música.

—¡Por Dios, papá! — rió Enrique, que se sentía feliz como nunca.

—Este es mi baile, Alicia — dijo Roberto, invitando a bailar a la muchacha.

—Con permiso — replicó ella, cogiéndose del brazo de Antoñito y saliendo a bailar con él.

Enrique se quedó a solas con su padre:

—Hoy es el día más feliz de mi vida, papá — le dijo con una emoción en la voz que su padre le desconocía.

—También para mí lo es mucho. El cambio de Alicia, tan radical. Esas nuevas aficiones y sentimientos que nacen en ella...

—Pues aun te espera una sorpresa que habrá de alegrarte más, papá... Ven conmigo, necesito hablarte.

Le llevó a la biblioteca y le hizo sentar en una butaca.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme, hijo mío? —inquirió don Miguel, sin adivinar.

—¿Estás contento de veras, papá?

—Mucho, hijo mío. Nunca pude suponer que Alicia tuviera esas condiciones de artista. Hubo momentos en que hasta llegó a conmovirme.

—Pues más te vas a conmover y más vas a sorprenderte cuando sepa nuestros proyectos...

—¿Qué proyectos son esos?—preguntó don Miguel con cierta inquietud.

—¡Casarnos, papá! — replicó Enrique triunfalmente.

—¿Qué dices? ¿Estás loco? ¿Casaros?... ¿Cómo se os ha podido ocurrir esa idea?... — preguntó don Miguel, que se había quedado intensamente pálido.

—Pero, papá... ¿tiene algo de particular que Alicia y yo nos amemos?

—¡Tú no puedes casarte con Alicia! — dijo el padre con tono irrevocable.

—¿Por qué? — inquirió Enrique con angustia.

—Porque... porque no... ¿Qué diría la gente? ¿Alicia casándose con el hijo de su tutor!

—A mí no me importa lo que piensen los demás, papá, sino lo que piensa ella, y ella me quiere.

—Me opongo resueltamente a ese matrimonio. Me la llevaré lejos. Haremos un viaje por el extranjero... —dijo don Miguel, que no se atrevía a mirar frente a frente a su hijo.

—Pero papá... ¿que eso de los viajes está ya muy desacreditado! —bromeó Enrique, no queriendo tomar en serio las palabras de su padre.

—Enrique, es preciso que estas relaciones terminen hoy mismo. Alicia no será nunca tu esposa. No pienses más en ello — dijo el padre, inexorable y rígido.

—Pero papá... no puedo resignarme a perder a Alicia sin una razón justificada... ¿La hay?

—Sí.

—Exijo que me digas toda la verdad — rogó el muchacho con una energía que sobrecogió al anciano.

—Está bien; ya que no quieres someterme a mi autoridad de padre, escúchame como hombre: no puedes casarte con Alicia... porque Alicia está ya casada...

—¿Cómo...? — exclamó Enrique con indecible sorpresa.

—Sí... Durante el último viaje que hicimos a América, conoció en el barco a un hombre del que se enamoró perdidamente... Tú sabes cómo era Alicia entonces... Se empeñó en casarse y se casaron al desembarcar... Luego resultó que aquel hombre era un vulgar estafador, perseguido por la policía, desterrado de varios países... Alicia tuvo que huir para no ser arrastrada en un proceso escandaloso... Esta es la historia, hijo mío, contada sucintamente.

—¿Y por qué no me lo has contado antes? — murmuró Enrique en un sollozo — ¿No pensaste nunca a lo que podía dar lugar tu silencio?

—Sí. Pero ella quería que todos ignorasen su desgracia. Era la mujer de un hombre indigno, de un estafador... Hemos hecho todo lo que humanamente se podía hacer para

anular aquel matrimonio, pero no fué posible...

—¿Y por qué me oculta ahora ella su situación? — inquirió Enrique, que había sufrido el más cruel zarpazo de la suerte con aquella revelación.

—Porque no la recuerda... Entre tú y los de casa la ayudasteis a recordar lo que sabía... Ese secreto de su vida sólo podía recordárselo yo... y yo no quise hacerle revivir su tragedia... Por eso callé.

—Pero... ¿pero cómo pudiste consentir que se casara con un delincuente? — indagó Enrique que se debatía en el desespero de su amargura sin acertar a salir de ella.

—Era una persona educadísima... Nadie hubiera sospechado de él al verle tan gentil, tan distinguido... Nos engañó a todos... Este era el motivo de la nerviosidad de Alicia...

—¿Pero hay que hacerle recordarle... No puede vivir ignorando que está casada y que no puede contraer nuevos lazos... — dijo Enrique.

—Ahora es pronto... podría perjudicar su salud nuevamente... Hay que esperar... Es preferible que ignore su situación de antes, aunque para ello tenga que llorar este desengaño amoroso... que tú le harás sufrir por su bien... y por el tuyo...

—¿Qué pena, papá, qué pena tan

grande! — suspiró Enrique, dominando el llanto que estaba próximo a estallar en su garganta.

—Ya traje consigo bastante dolor aquel triste episodio... Yo le hablaré, hijo mío. Te disculparé ante ella...

—No, papá, este asunto soy yo quien debe resolverlo... Me marcharé de su lado... Le escribiré una carta... ¡Qué sé yo lo que haré!... ¡Déjame, te lo ruego, déjame solo para que pueda llorar!...

Recibió Marta la carta a la mañana siguiente; una carta absurda, incomprensiva, incoherente, pero que la enfrentaba con la terrible verdad: Enrique no la quería, había sido un engaño pasajero de los sentidos, y al darse cuenta de ello le decía la verdad: no la quería... y, noblemente, no podía hacerla su mujer.

Marta lloró amargamente aquel desengaño. Estaba tan segura del amor de Enrique, que no acertaba a comprender aquella rara explicación que le daba. Sólo en su cerebro repiqueteaban como dolorosos mar-

tillazos, aquellas palabras. "Ya no te quiero... ya no te quiero..."

Los criados, que vivían dichosos desde que la señorita Alicia había recobrado el juicio y se había convertido en otra mujer, estaban reunidos en la cocina, dedicado cada uno a sus aficiones, mientras la señorita, en su cuarto, lloraba con todo el desconsuelo de su alma aquella hecatombe de todos sus sueños de mujer.

El mayordomo, como de costumbre, se dedicaba ahincadamente a los crucigramas y buscaba las palabras difíciles en voz alta, para que los demás le ayudaran:

—Alcachofa... planta hortense del grupo de las tubilifloras... — decía a media voz.

—Sí... y mucho mejor rellenas de jamón — replicó Ramiro, burlándose de él—. Planta hortense del muslo del cerdo...

—¡Los timbres! — exclamaron de pronto, oyendo el cascabelco de todos los timbrazos.

—¡La señorita! ¡Santo Dios! ¡Si

vuelve a llamar con el ímpetu de otros tiempos!

—¡Anda, pues es verdad!

—¡Con lo tranquilos que vivíamos!

—¡Mi madre!... ¿Es que hay incendio?

Corrieron todos al gabinete de la señorita, y Marta les recibió paseándose nerviosamente:

—¿Qué ocurre en esta casa? ¿estáis sordos? Hace media hora que estoy llamando...

—Es que los timbres no suenan bien... Están desentrenados... —murmuró el mayordomo.

—¡Pues que los arreglen!... A ver, vosotras, Fermina, Trini, arreglad mis baúles y mis maletas... Tú, Ramiro, llama por teléfono al modista y que venga en seguida... Y tú, Felipe, ve a buscar a don Miguel y dile que necesito verle con urgencia. Me marcho de viaje... Y vosotras id a ayudarlo... Tú, Juana, me acompañarás.

—¿Yo, señorita?— preguntó Juana, loca de alegría.

—Sí, tú, y ahora vete.

Juana salió y se tropezó con Susana que acudía asustada al escuchar los timbreros que habían escandalizado toda la casa.

—¿Qué sucede? — preguntó.

—No sé, señorita.

—¿Qué te pasa, Alicia? — volvió

a preguntar, entrando en el gabinete.

—Que me marcho de viaje.

—¿Por qué?

—Toma, lee... ¿Qué quieres que haga después de esto?... ¡Voy a hacer una gira artística para distraerme!... ¡De algo me ha de servir el dinero! ¡Voy a dedicarme al teatro y a realizar el sueño de toda mi vida! — exclamó con vehemencia, mientras Susana leía rápidamente la carta de su hermano.

—Haces bien... Todos los hombres son igual... Yo me voy contigo — afirmó Susana.

—¿De veras?

—Sí, Alicia, sí.

—¡No, Alicia no!... ¡Se acabó Alicia!... Desde hoy me llamaré Marta Mendoza... ¡Este será mi nombre en el teatro!

* * *

El triunfo fué rotundo desde las primeras representaciones. Marta Mendoza era artista y tenía dinero para presentar su espectáculo con todos los detalles, con todas las garantías del éxito. Y éste vino fácilmente a coronar las ansias de la chi-

quilla que, después de haber vivido el equívoco de una doble personalidad, representando el papel de Alicia Vergara, había encontrado ahora la suya propia en aquel ambiente que era el suyo, el soñado, el ambicionado en las horas de miseria y de horror que viviera antes del accidente ferroviario que había cambiado por entero el curso normal de su existencia.

Ella era la directora artística, la que componía los cuadros escénicos, la que escogía las canciones, la que discutía con músicos, empresarios, tramoyistas, modistas, peluqueros, chicas de conjunto, primeras figuras, etcétera. Y estaba siempre atenta a todo y a todos, consiguiendo formar un conjunto de variedades al anuncio del cual el público se disputaba las localidades para poder aplaudir a ella y a todo su conjunto.

Juana la había seguido en aquella jira triunfal por todo España, como doncella de confianza; y Susana era una de las más destacadas figuras del conjunto, exhibiendo la elegancia de sus bailes clásicos y la armonía de sus movimientos aristocráticos.

Marta era dichosa. Al fin había alcanzado lo que ella quería: la cumbre del arte. No tenía derecho a quejarse de la suerte y, sin embargo, en lo más íntimo de su alma llevaba

siempre ahincada aquella pena del desengaño amoroso que Enrique le había hecho sufrir y para el que no acertaba a encontrar una explicación.

Aquella noche, en uno de los escenarios de un teatro barcelonés, Marta había presentado un cuadro que ella titulaba: "Amanecer". La escena representaba una era, con el trigo amontonado en ella, y, durmiendo apaciblemente, los segadores descansaban en la tranquilidad nocturna, de las rudas fatigas de la jornada. La luz suave del amanecer invadía la escena al levantarse el telón y allá, a lo lejos, en el pueblecillo que se dibujaba vagamente, entre las brumas matinales, en el telón de fondo, sonaba la campana su tañido lastimero lanzando su toque al amanecer.

Marta, con su vestido de segadora, se despertaba sobre el haz de trigo en el que dormía y comenzaba a cantar una bellísima canción a la que servía de acompañamiento el tañido lejano de la campana:

*Campana, quien pudiera
arrancarte el badojo...*

Se lamentaba de que el esquilón viniera a despertarla, y al propio tiempo saludaba a la mañana con alegría, porque ella anunciaba una

nueva jornada de trabajo, y así iba despertando a todos sus compañeros que se levantaban y formaban el coro, coro de voces graves de hombre, de voces suavísimas de mujer y de blancas voces infantiles que se elevaban al cielo en una maravillosa cadencia, formando como una gasa armónica en torno a la voz de Marta que surgía sobre todas con cristalina pureza.

El cuadro fué de un triunfo apoteósico. Cuando Marta se retiró a su camarín, Juana, mientras la ayudaba a desvestirse, le dijo, con un orgullo altivo y entusiasmado:

—¡Qué bien hemos estado hoy, señorita! ¡Qué éxito hemos tenido!

—¿Hemos tenido? — preguntó Marta, riendo.

—Perdone la señorita, pero me parece que sus triunfos son también míos. Y es que he descubierto que yo también tengo alma de artista. Tengo temperamento... Tengo...

—Tienes que darte prisa, porque si no nos cerrarán el teatro... Anda, ve a ver quién llama a la puerta — añadió Marta, oyendo unos golpecillos en la puerta del camarín.

Juana fué y volvió a los breves momentos:

—Señorita... díce que es un actor viejo... y que se llama don Guzmán — anunció.

—¡Don Guzmán!... ¡Don Guzmán!... ¡Que pase en seguida!... Es un antiguo amigo mío y un amigo de verdad! — exclamó Marta con una honda emoción, yendo al encuentro del viejo.

—¡Marta! ¡Martita! ¡Hija mía!... ¡Pero ores tú, tú misena!...

—¡Don Guzmán!... — murmuró Marta, casi sin poder hablar, abrazando a su generoso protector—. No sabe la alegría que me produce verle. ¡Tengo que contarle tantas cosas!

—¡Pues imagínate mi emoción al ver anunciado tu nombre!... ¡Yo creí que estabas muerta!

—¿Muerta? — murmuró Juana torciendo el gesto—. No le haga usted caso, señorita, que este caballero la va a volver a usted loca otra vez.

—Vete, Juana, te lo ruego... Tenemos mucho que hablar don Guzmán y yo.

—Pero, señorita...

—He dicho que te vayas... Yo me vestiré sola.

Cuando se quedaron solos, don Guzmán la miró extasiado y, con una leve melancolía en la voz le dijo:

—¡Ah, ingrata!...

—No, don Guzmán, no, ingrata no. ¡Han pasado tantas cosas, tan increíbles, tan insospechadas!... No

sabía dónde encontrarle a usted. Escribí a doña Rita y me dijo que se había usted marchado sin dejar las señas. ¿Qué podía hacer yo? Esperar a que la Providencia le pusiera en mi camino para que yo le dijera todo lo que he llegado a pensar en usted y le contara toda la historia de mi vida... ¡A usted se lo debo todo, don Guzmán!

—A mí no, hijita, ni a nadie, sino a ti misma. Siempre creí en tu triunfo. Tenía fe en ti.

—Fue usted entonces mi salvación... ¡y ahora lo será usted de nuevo, don Guzmán! Ya no se separará de mi lado, por dos razones poderosas: primera, porque tengo que saldar una deuda de gratitud y de cariño; y segunda, porque le necesito para deshacer el equívoco de una situación que me impusieron los demás y que, al darme la fortuna, el triunfo, todo cuanto en la vida había yo anhelado, me ha dado también el mayor dolor que puede sufrir un alma de mujer...

—Pero criatura... ¿Qué estás diciendo?... ¿Qué te ha pasado? — Inquirió don Guzmán al ver que Marta rompía en desconsolado llanto.

Cuando se serenó Marta contó a su viejo amigo todo lo ocurrido en aquellos meses, la catástrofe ferroviaria, cómo la habían confundido con la millonaria Alicia Vargas, cómo

la habían creído loca y habían estado a punto de encerrarla en un manicomio y cómo, ella, para huir del horror de la casa de locos, se había sobrepuesto y había aceptado el difícil papel que la vida le entregaba, sin duda para poner a prueba sus dotes de artista.

—Hoy mismo nos vamos a Madrid, don Guzmán, y usted será quien deshaga todo ese equívoco. ¡Yo vuelvo a ser Marta Mendoza, la que no debí dejar de ser nunca, puesto que Alicia Vargas es tan sumamente desgraciada!... ¡El hombre al que Alicia Vargas ama y del que se creía amada, ha deshecho su compromiso y la ha abandonado!... ¡Pobre Alicia! ¡Es preciso que Marta vaya a Madrid, a ver si recobra la felicidad!...

Don Guzmán no acababa de entender bien todo aquel lío que, contado así, rápidamente, entre lágrimas y suspiros, más bien parecía el relato de una mente desequilibrada que la verídica historia de una mujer; pero creyó lo más prudente seguir a Marta y procurar, durante el viaje, ir aclarando muchos de los puntos que en el primer momento le parecieron muy confusos.

Al llegar a Madrid, don Guzmán estaba al corriente de todo y lo comprendía todo, porque Marta, en su afán de desahogo, en su ansia de

volcar su alma en un alma que supiera comprenderla y alentarla, no dejó de hablarle a don Guzmán de todo lo ocurrido, apoyada cada una de sus explicaciones por Susana que contribuyó, en no escasa parte, a iluminar el cerebro del bueno de don Guzmán, un poco aturdido por aquella avalancha de acontecimientos con los que Marta le abrumaba.

En cuanto don Miguel supo el regreso de su hija y de Alicia, corrió a Madrid, desde la finca, para recibir las y abrazarlas, pues a las dos las había echado mucho en falta durante aquellos meses que había durado la jira artística de las dos muchachas.

—¡Papá!... ¡Papá! de mi alma!
—gritó Susana abrazándole fuertemente.

—¿Y Alicia?... ¿Cómo está?

—¡Ay, papá...! ¡Pobre Alicia! —suspiró Susana con desaliento, acordándose de la verdadera Alicia que sin duda halló una muerte espantosa en el descarrilamiento.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Está enferma otra vez? —inquirió don Miguel con angustia.

—¿Alicia...? ¡Ah, no, no, no te preocupes! La que te interesa a ti está muy bien... Ella misma te contará...

—¡Don Miguel! —exclamó Marta entrando en el gabinete y abra-

zando al caballero con sincera efusión—. ¡Cuántas ganas tenía de volver a verle!

—¡Y yo a ti, pobre hija mía!

—¡Ah, don Miguel, ahora vamos a ser dichosos otra vez! Venga, venga conmigo, que tengo muchas cosas que contarle... Y ante todo le presentaré a mi antiguo amigo, a mi segundo padre, a don Guzmán, el viejo actor que me ayudó y me prestó todo su apoyo para que iniciara mi carrera artística... El me ayudará a contarle a usted muchas cosas que si se las dijere yo sola acaso no llegaría a creer nunca...

Don Miguel, aturdido, siguió a Marta que le llevó al salón donde esperaba don Guzmán pacientemente.

Igual revuelo que entre los señores había producido la llegada de las dos muchachas, se había producido en la cocina entre los criados con la llegada de Juana, que no acababa de contar todo lo que había visto y todo lo que había gozado en aquella jira:

—El baile... la música... el teatro...

¡Una vida deliciosa! No podéis figuraros el éxito que hemos tenido en todas partes. ¡Qué de ovaciones! ¡Qué de contratos! ¡Qué de flores!...

—¡Anda ésta!... ¿Pero es que tú también bailabas? — preguntó Ramiro.

—Os advierto que de ver trabajar a la señorita me ha entrado la afición...

—¡Y pensar que esa metamorfosis de la señorita se debe a aquel accidente que la volvió loca! — comentó el mayordomo.

—¡Ya ya! — afirmó Ramiro, pensativo—. Como que estoy pensando en organizarme un choque para mí solo. Quién sabe lo que puedo llegar a ser. Tal vez el autor de moda, y ya no tendré que pelar más patatas.

—Pa-ta-ta... planta solanácea de seis letras... — dijo el mayordomo que llevaba siempre en su cerebro un crucigrama.

—Bueno... lo que sea... pero cuando veo una... eso que tu llamas planta solanácea, y pienso que tengo que pelarla... ¡es que me dan vahidos!

—Venid a mi cuarto y os enseñaré todo lo que he traído — dijo Juana—. Me he acordado de todos... A todos os he traído un regalito...

—¡Vamos, vamos allá! — gritaron todos.

Felipe, al pasar junto a Petra la

cocinera, le dijo, tratando de enlazarla por la cintura:

—¡Cuántas ganas tenía de estar otra vez tranquilito a tu lado para que...

Pero Ramiro les interrumpió, plantándose entre los dos:

—¡Cuidadito, Felipe, echa el freno, que hay curvas y vas despedido...!

—¿Qué quieres decir?

—Que a ver si tratamos con un poco más de respeto a la señora, porque si no va a haber aquí más que palabras.

—Pero... ¿qué pasa? — inquirió Felipe, extrañado del cambio sufrido por Petrita y Ramiro.

—Que aquí, ahora, el único que se apercibe y se meriendea soy yo... ¿Verdad, chata?...

—¿Pero tú... con esa cara...? — murmuró Felipe, sin comprender el éxito de Ramiro.

—¡Si te habrás creído tú que eres Felipe el Hermoso! — replicó éste cogiendo del brazo a la Petra y marchando con ella en busca del regalito que Juana les había prometido.

Marta, sentada al lado de don Miguel, le explicó con todos los pormenores los éxitos obtenidos y acabó diciendo:

—Ha sido una jira gloriosa y he triunfado... ¡Gracias a Dios, voy a ser de nuevo yo misma, la auténtica, la de verdad!...

—Pero Alicia... no te comprendo... —murmuró don Miguel que, como a don Guzmán, se le hacía ahora difícil entender todo aquel embrollo.

—Perdone, no me llamo Alicia, Alicia murió en el accidente ferroviario: yo me llamo Marta Mendoza...

—Ese es tu nombre artístico.

—No; este es mi nombre verdadero... Don Guzmán se lo explicará a usted todo y le mostrará la fotografía que yo le dediqué en Barcelona, cuando los dos vivíamos miserablemente en la casa de huéspedes de doña Rita... Don Miguel... ¿es que no quiere usted creer aún que yo no he estado nunca loca,

—¿Pero... es cierto?... ¿Tú no eres Alicia Vergara?... ¡Alicia murió y tú eres Marta Mendoza!... ¡Ah, Dios mío, pero qué hice!... ¡Qué hice!... A ver, en seguida, pronto, voy a hablar con Enrique, pronto...

Corrió al teléfono y marcó un número, esperando la contestación.

...

Enrique se acababa de levantar, había desayunado y, al coger los periódicos de la mañana se encontró con el retrato de Alicia y el anuncio de que "La compañía de Marta Mendoza debutará, en breve, en uno de los mejores teatros de la ciudad".

Dobló el periódico y con gesto amargo y triste comenzó a vestirse rápidamente mientras decía a su ayuda de cámara:

—Ve a la central y tómate un billete para... Me es igual, para Galicia o para Andalucía... el lugar es lo de menos. Lo que importa es que pueda salir hoy mismo de Madrid.

El criado salió a cumplir el encargo de su amo y Enrique siguió vistiéndose con desgana, tristemente conmovido a la noticia del regreso de la mujer a quien amaba y con la que nunca podría ser dichoso, puesto que pertenecía a otro.

Cuando sonó el timbre del teléfono dudó en contestar. No tenía gana de hablar con nadie ni de saber de nadie, pero ante la insistencia de la llamada fué a él, tomó el receptor y se puso al habla.

La voz de su padre temblaba con una emoción desconocida, y Enrique escuchó sus palabras, creyendo, en el primer momento, que se trataba de una broma, luego que su padre se había vuelto loco, después pensó que el loco era él. Pero como don Miguel repetía una y otra vez las mismas palabras, llegó a convenirse de que eran verdad, de que algo extraordinario había ocurrido, y acabando de vestirse con un fuego y un ardor que desde mucho tiempo no había sentido, porque todo le era indiferente desde que se había apagado en su alma la esperanza de alcanzar el amor de Alicia, corrió a casa de ésta en busca de la explicación concreta de lo que sucintamente le había contado su padre por teléfono.

* * *

Marta le esperaba con la emoción del amor asomada a sus ojos nobles y buenos.

—¡Enrique!

—¡Qué alegría volver a verte!

—Para mí también lo es, Enrique... ¡Qué difícil era vivir lejos de aquí!

—¿Esa verdad lo que me ha dicho papá?... ¿Es cierto que ya nada nos separará? — preguntó Enrique, mirando con ansia a aquella criatura a la que hubiera querido estrechar sobre su corazón en un abrazo que los hubiera fundido en uno y para siempre.

—Ya no nos separará nada, Enrique, absolutamente nada... Es decir...

—¿Qué?... ¿Tu marido... ha muerto? — preguntó el muchacho con ansia.

—Mi marido no existe... no ha existido jamás...

—Pero... ¿por qué me engañó mi padre contándome aquella historia de tu casamiento, si no era cierta?

—Tu padre no te engañó, Enrique... La historia era cierta... pero no era la mía... era la de Alicia Vergara... Y yo no soy Alicia Vergara, sino Marta Mendoza...

—Bien, bien, pequeña, cálmate, no te pongas nerviosa, no empieces a decir incongruencias, no vuelvas a... —murmuró Enrique alarmado, creyendo que la enfermedad tomaba nuevo incremento.

Marta rió, y cogiéndole de la mano, le dijo con la más dulce de las miradas:

—Lo que empieza ahora es nuestra felicidad, Enrique... Ya no nos separaremos nunca. Abandonaré esta casa que no es mía... Nos casare-

mos... ¡Tú no sabes cuánto he sufrido! Y ahora que soy dichosa, tengo ganas de reír, de gritar, de decir a todo el mundo que te quiero y me quieres...

—Cálmate, cálmate... No te excites...

—Dime que me quieres, Enrique... Dime que me quieres... Necesito oírlo de tus labios... Dime que me quieres — apremiaba Marta, jugando con el miedo de Enrique, y como viera que éste dudaba y acordándose del día en que le rompió un jarrón de china huyendo de él, enarboló otro jarrón, amenazando:

—¡Dime que me quieres... o...!

Enrique corrió a ella y Marta, dejando caer el jarrón por detrás de su cabeza, le echó los brazos al cuello y dejó que él la besara largamente.

—Ahora te contaré... — dijo Marta, sentándose en el primer peldaño de la escalera y haciendo que Enrique se sentara junto a ella—. Yo vivía en Barcelona, miserablemente; quería ser artista, tenía lo-

cura por el teatro, pero nadie me contrataba...

—¡Guapa! — susurró Enrique, contemplándola embebido y sin escuchar sus palabras.

—... entonces, un actor viejecito retirado, me dió el dinero que necesitaba para que viniera a Madrid a buscar trabajo...

—¡Guapa!

—Hubo un choque espantoso... me desmayé... y al despertarme tú te empeñaste en llamarme Alicia y en decir que estaba loca cuando aseguraba que yo era Marta... Y tú estabas empeñado en Alicia, Alicia y yo...

No pudo terminar, porque Enrique la abrazó y le selló los labios con un beso que era una súplica de perdón por todo cuanto la había hecho sufrir y una promesa de felicidad para un futuro muy cercano, cuando fuera su mujercita y ya nada, nada, ni las conveniencias sociales, se interpusiesen entre ellos y pudiesen gozar plenamente del amor.

GRAN EXITO DE

Emociones cinematográficas de un figurante

(La vida de los "extras" en los estudios)

Apuntes del natural
por

RAMIRO MARQUÉS

Interesantes ilustraciones
¡Lo más ameno en este género!

De venta en todos los quioscos y librerías

Precio: 3 pesetas

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

BARCELONA

EDICIONES BISTAGNE

publica siempre
los mejores asuntos
cinematográficos

EDICIONES BISTAGNE



